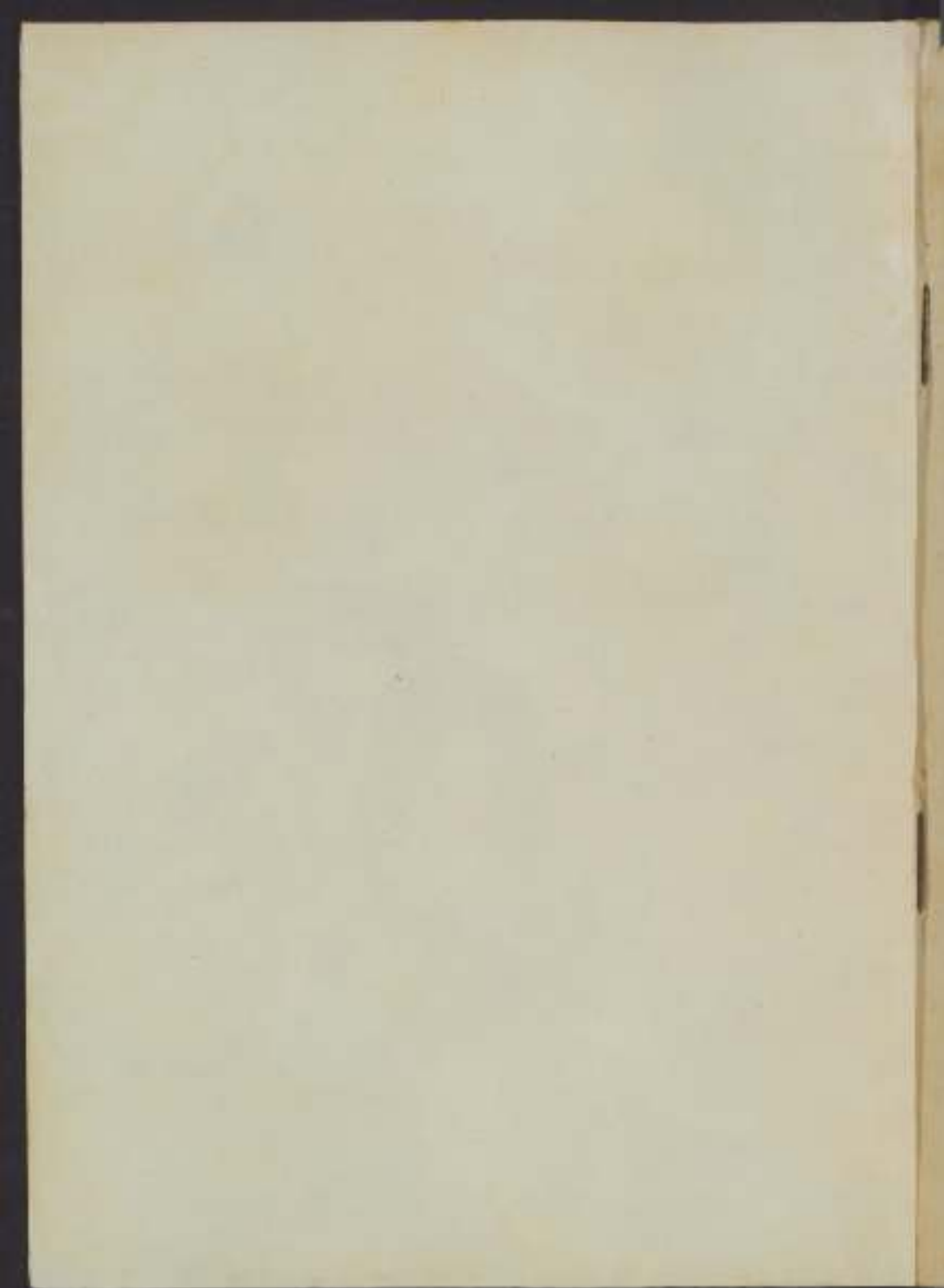


Esmeralda la zingara

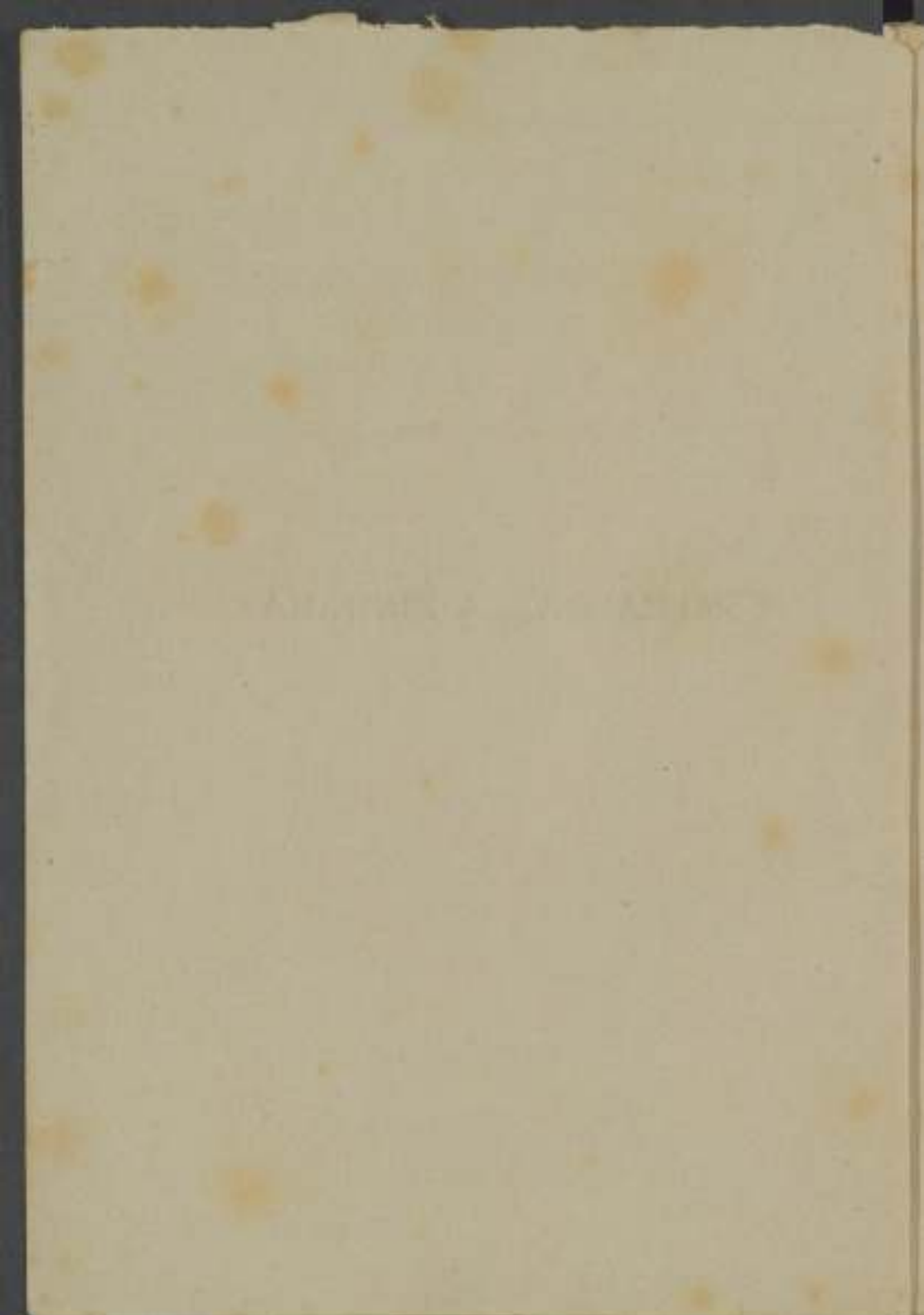
Charles
LAUGHTON

Maureen
O'HARA





ESMERALDA, LA ZINGARA



EDICIONES BISTAGNE

**EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS**

Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

ESMERALDA, LA ZINGARA

Emocionante asunto, de gran éxito

Dirección de

WILLIAM DIETERLE

Exclusiva

JUCA—ASTORIA

Distribución

ASTORIA FILMS, S. A.

PRINCIPALES INTERPRETES

Charles Laughton
Maureen O'Hara
Edmond O'Brien
Thomas Mitchell
Sir Cedric Hardwicke
Alan Marshall
J. Walter Hampden

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

*Argumento narrado por
Ediciones Bistagne*

Esmeralda, la zíngara

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

CAPITULO I

EL REY DE LOS LOCOS

Al finalizar el siglo XV comenzaban a disiparse las oscuras nubes de la Edad Media. Europa empezaba a experimentar cambios de consideración... Francia conseguía la paz después de una guerra que duró cien años y el pueblo, bajo el reinado de Luis XI, se sentía feliz y dispuesto a esperar y a soñar en el progreso. Pero aun perduraban las supersticiones y prejuicios que atajaban los espíritus aventureros de los hombres.

Tales fueron los pensamientos que ocuparon durante un instante la mente de Luis XI. Acababa de escuchar el Angelus, arrodillado al pie de la ventana de la imprenta de Fisher, y la gran plaza que moría en la entrada principal de Notre Dame estaba desierta. Una grata dulzura, un amable recogimiento

dominaba el ánimo fatigado del ya anciano monarca, mientras las campanas sonaron y se entregó a la oración.

Pero, al incorporarse, gesto que remedaron Fisher y su Justicia Mayor, el conde Frollo, volvió a ser el de siempre, práctico, curioso y dispuesto a cualquier empresa.

—Nunca oí un Angelus tan maravilloso como éste. ¿Quién es el campanero de Nuestra Señora?

—Un mudo, Majestad — respondió el impresor—. La gente le conoce por "El Jorobado".

—Un mudo... debe ser un hombre raro...—Luis se apartó de la ventana—. Y ahora, maece Fisher, vamos a ver si era tan importante como decía mi Justicia Mayor el que yo viniese a vuestro taller. ¿Cómo llamáis a ese aparato?

Señalaba a una tosca imprenta de madera, nuevamente puesta en movimiento por los ayudantes de Fisher. Una especie de torno se agitaba con secos golpes e imprimía los pergaminos por una cara y luego la otra, gracias a un hábil movimiento de manos de los empleados.

—Su inventor, el alemán Gutemberg, le llama la prensa de imprimir, Majestad.

—¿Para qué sirve?

—Para imprimir libros, Majestad.

—¿Para quién? — preguntó sorprendido el monarca.

Era evidente que le asombraba el posible uso del artefacto y su alcance. Era indudable, asimismo, que calculaba las ventajas que podía reportar.

—Para el pueblo. Cuando puedan comprar libros, aprenderán a leer. —El impresor señaló un volumen colocado en un estante—. Puedo imprimir un libro como ése en muy pocas semanas y muy barato.

El Rey se acercó al libro y lo cogió entre sus manos, estudiándole un si no es alborozado, con el contento de un chiquillo que descubre algo estupendo. Su Justicia Mayor, vestido de negro como su señor, apenas había proferido una palabra desde su entrada en la imprenta, pero harto sabía el monarca que desaprobaba el invento.

—¡Hay que ver, Frollo!... En pocas semanas. Cuando mandé hacer mi libro de rezos, se tardó varios años en llevar a cabo la tarea y me costó una fortuna.

Abrió su breviario:

—Esto es más bonito que lo impreso, pero no hay duda que esta prensa de imprimir es un milagro.

—Es algo horrible, Majestad — repuso Frollo.

Luis le dirigió una rápida mirada. El severo rostro del conde, su cabello casi rapado, sus facciones acusadas y sus ojos relampagueantes eran indicio, bien lo sabía, del fuego interior que le quemaba y le convertía en un fanático.

—¿Horrible una cosa tan pequeña? — protestó.

—Muy a menudo las cosas pequeñas pueden más que las grandes — afirmó el Justicia Mayor—. La rata del Nilo mata a los cocodrilos. Esta prensa, tan pequeña, puede ocasionar mayores males que una guerra.

—Vamos, vamos, no exageres, mi Justicia Mayor — protestó el Rey con alguna impaciencia—. ¿Qué es eso?

Fisher sacaba de la prensa una página perfectamente impresa y se la ofreció, explicándole, mientras su augusto visitante la ojeaba:

—Es la primera página de un libro nuevo, Majestad.

—Vamos, vamos... — leyó el Rey—. "Nuevas comedias y poesías"... ¿Quién lo ha escrito?

—Pierre Gringoire.

—Gringoire... ¿quién es?

—Un poeta francés, Majestad.

—Un hereje — exclamó súbitamente Frollo—. Señor, divulgar sus obras es como contagiar una enfermedad.

Luis devolvió la prueba al impresor y sus ojillos escrutaron el

inconmovible semblante del conde. Pisher retrocedió hacia un rincón, más que por cortesía, previniéndose de los ataques que el Justicia dirigía a cuanto encerraba y se producía en su taller.

—¿Qué sabes tú? — le auxilió magnánimo el monarca—. Pudiera ser una bendición para Francia que las gentes tuvieran libros a su alcance y aprendieran a leer. A mí me parece que esta es una nueva forma de la expresión del pensamiento.

Le cogió de un brazo y le llevó ante la ventana, moviendo la cabeza hacia la catedral, y siguió diciendo:

—Aquella es la forma exterior. Por toda Francia, en todas las ciudades, existen catedrales como ésa, monumentos triunfales del pasado, que se alzan sobre las casas de nuestro pueblo, como fieles guardianes, y mantienen viva la fe intensa de la Cristiandad. Cada arco, cada columna, cada estatua, es una hoja del gran libro de nuestra historia, un libro de piedra, que glorifica el espíritu de Francia. Las catedrales son los escritos del pasado; la prensa representa a los de nuestro tiempo... y yo no haré nada por detenerla, Frollo.

La auténtica vehemencia del carácter de Frollo, mantenida oculta gracias a su voluntad de hierro, desapareció al oír la real afirmación y con un ademán abarcó toda la estancia, en que se hallaban, dejando sin aliento a los impresores.

—Señor, debemos destruir la prensa y ahorcar al impresor. Si

no esto acabará por ocasionar muy graves males.

—No, no pienso hacer tal cosa.

—Quiero proteger a Francia contra estos libros impresos—insistió Frollo—, como la protejo contra los gitanos, esa raza extranjera que se esparce actualmente por toda Europa.

Al día siguiente, fecha en que se tenía que celebrar el Festival del Rey de los Locos, una muchedumbre sucia, desarrapada, pero alegre, entraba por las puertas de París y se internaba por sus calles en dirección del lugar de la feria. Los centinelas pedían el salvoconducto a cada uno de los recién llegados o bien les dejaban pasar, escudriñando con pupilas agudas su aspecto y deduciendo por él su condición y su honestidad.

De pronto sonó un grito de alarma que puso sobre aviso a los centinelas. Se ocuparon unos en bajar la barra de la entrada y otros corrieron hacia sus partesanas, saliendo al paso de una tribu de gitanos. Las órdenes prohibitivas eran severas y los encargados de ejecutarlas encontraban un gran placer en ponerlas en práctica con todo rigor. Los látigos restallaron, silbando en el aire, golpeando las espaldas de los vagabundos hasta conseguir detenerlos.

Sin embargo, una gitana joven, de mejor aspecto que sus hermanos, burló la vigilancia y se deslizó por debajo de la barra, mientras el jefe de la tribu interrogaba a uno de los guardias:

—¿Por qué nos deteneis?

—Porque ya no está permitido a los gitanos entrar en París sin un permiso especial. Es una nueva ley.

—Los demás entran. ¿Por qué no podemos entrar nosotros?

—Esos son franceses; vosotros sois gitanos... extranjeros.

—¡Extranjeros!... —protestó el jefe—. Vosotros llegasteis ayer... nosotros llegamos hoy...

—Dejadlos pasar —intervino un monje—. Hoy es el día de los locos.

—Sea el día que sea—se obstinó el guardia—, no queremos aquí a esos extranjeros.

La negativa era rotunda, pues Frollo se había hecho obedecer. Los gitanos se quedaron en las afueras de la ciudad, sintiendo, no obstante, algún consuelo al notar que Esmeralda había logrado penetrar en París.

Las estrechas calles de los arrabales y las no más amplias del centro bullían de una multitud abigarrada y confusa, que se vituperaba e insultaba alegremente. Los gritos resonaban, las protestas se confundían con los cantos y los malhechores hacían su agosto cortando bolsas y aligerando bolsillos. Nadie podía estar triste. ¡Era la fiesta de los locos! Y parecía que a todos los habitantes se les había contagiado la demencia en su incansable avanzar hacia el lugar de la feria.

Ya próximo a éste, la multitud fué hendida por una apresurada muchacha que se lanzó a los brazos de una matrona lanzando un chillido, que fué coreado por una carcajada general, la cual, al saber el

motivo de su espanto, se heló en los labios.

—¡Abuela, el Jorobado de Nuestra Señora acaba de cruzarse en mi camino!

La matrona intentó calmarla inútilmente. Ella misma notó una extraña desazón y el consejo surgió espontáneamente de su boca:

—Vete en seguida a casa y enciende una vela. Aunque no servirá mucho contra ese mudo. Está endemoniado.

Esta exclamación superlativa obtuvo la aprobación de todos. El río humano siguió su curso, olvidando su aprensión. Una mujer detenida en el centro de la calle, como si fuera un escollo, lo partió en dos.

—Ivonne—gritó—, ¿no vas al Festival a ver al Rey?

La comadre llamada Ivonne sacó más de medio cuerpo por la estrecha ventana de su morada y respondió:

—No puedo. Mi padre dice que habrá muchos ladrones y pordioseros entre la multitud.

—Lo mismo pueden robarte quedándote en casa, ya lo verás—sentenció su amiga.

Superstición, malhechores, riqueza, pobreza, orgullo, odios, desdén, alegría y despreocupación, eran la savia que hacía estallar el alma del inmenso bosque, intrincado, de los parisinos. La gran plaza, en donde ya había dado comienzo el festival, rebotaba gente que se apiñaba ante el espectáculo preferido o el entretenimiento más adecuado a sus gustos.

Aquí una mujer regateaba con

una campesina el precio de unos pollos, sin percatarse de que un afilado cuchillo cortaba los cordones de su bolsa; allí unos músicos tocaban las canciones de moda, que los espectadores coreaban. Los juglares y funámbulos demostraban su destreza, bien lanzando numerosos objetos al aire y cambiándoselos de mano con rapidez vertiginosa, bien saltando sobre cuerdas tendidas en el vacío. Los narradores de cuentos hacían oír a duras penas su voz. Los atletas luchaban contra hombres y animales, indiferentemente, venciendo siempre, los payasos retorcían sus rostros entre risotadas, los bailarines eran aplaudidos...

Frente al mismo estrado en que Luis XI estaba sentado rodeado de sus magnates, única nota de majestad en aquel pandemonium de aires de todas las condiciones, un hombre luchaba por mantenerse, sin mucho éxito, de pie sobre una gran bola pintada de azul y cuajada de estrellas.

El monarca contemplaba sus esfuerzos muy interesado, demostrando que sabía reírse con tanta facilidad como sus súbditos, pero asimismo que buscaba un fin a todas las cosas.

—Bien, ¿qué pretende hacer ése? —preguntó a uno de sus cortesanos.

—Cree que la tierra es redonda, y quiere llegar a las Indias.

—No es redonda. Es plana—afirmó el médico real.

—¿A las Indias?—dijo el Rey—. Hay algunos geógrafos y matemáticos célebres, que también creen que la tierra es redonda.

—No es redonda, es plana—repitió el médico, sin gran éxito.

El Rey se volvió hacia Frollo que, sentado a su diestra, miraba directamente ante él con la cara impasible, como tallada en piedra.

—¿Te acuerdas de aquella carta que recibimos de... cómo se llamaba... de Cristóbal... Cristóbal Colón, que decía que podría, poniendo rumbo occidente, llegar a las Indias? Estoy pensando seriamente en apoyar esa aventura.

El médico protestó otra vez y algunos nobles le asistieron. Los nobles no eran amigos de nuevas empresas, con la excusa de que el país no podía afrontar el riesgo de semejantes aventuras. El único que siguió imperturbable fué Frollo, el cual, cambiando la dirección de sus miradas para estudiar al Rey, dijo:

—Colón... ese nombre se ha convertido en la preocupación de la Corte de España.

—¿Quién sabe? Puede que los que ahora se hartan de él hayan de reconocer su talento en el futuro—profetizó el monarca.

Lo entretenía sostener aquella conversación, porque instintivamente conocía la preocupación que originaba en sus nobles, reacciones a cualquier novedad que pudiera menguar su poderío.

—No es redonda—aseveró el médico, por enésima vez.

—¿Qué estás mascullando, médico?

—La tierra es plana, no es redonda.

—¿Por qué lo sabes?

—Lo he observado muy bien en

todos mis viajes a través de Europa. Por todas partes es plana. ¡Ea plana!

—Escuchemos la comedia—ordenó el Rey.

Así pudo desviar la atención de los nobles. Un timbal resonaba, golpeado con vigor por un joven de hermosa presencia, sentado en las gradas de la construcción o escenario. Marcaba triunfalmente las estrofas, como desafiando a todos los asistentes, los cuales se apretujaron ante el tablado, escuchándole boquiabiertos:

—Lo antiguo no perdura. Lo nuevo se abre paso. Atenerse al pasado es gran locura. Creed en el futuro, miradle cara a cara...

Todos le conocían. Era Gringoire, el poeta, el anunciador de los nuevos tiempos y de una belleza que desconocían y que les disgustaba. A medida que fueron alineándose en el escenario las alegorías del Sol, la Luna y Saturno y vaticinaron la muerte y la decadencia para todos, un gran silencio se extendió por toda la plaza, acompañado de un terror inexpressable, que hizo resaltar con más claridad la voz del poeta.

Un hombre sucio y corpulento se agachó para hablar con una piltrafa humana que deambulaba en cajoncillo con ruedas. El mutilado le saludó con respeto, no en balde era aquél Clopin, el rey de la Corte de los Milagros y el único que podía dar fin a la farsa de Gringoire.

—¿Qué tal los negocios?

—Mal—explicó lacónicamente el pordiosero.

Una mujer desgredada y de no mejor aspecto que ellos, se les acercó, en cuanto le hubo divisado. Era la digna consorte de Clopin, por consiguiente reina a su vez en los dominios en que apenas la autoridad de Luis XI tenía poder.

—Esa comedia nos está estropeando los negocios.

—Yo me ocuparé de ello—le tranquilizó Clopin.

—Mejor será.

Clopin se abrió paso empleando los codos con destreza y así llegó a la primera fila. Gringoire declamaba la última parte de la farsa por él compuesta; estaba exaltado y no se percató de la excitación del público.

—No haber vivido en vano es una condición... para que nuestra vida tenga satisfacción.

—¡Pero si comes mucho tendrás indigestión!—anunció una voz burlesca.

Clopin, el autor del tercer verso, fué aplaudido por todos y la risa borró el mágico efecto que los versos de Gringoire habían alcanzado. Presa de una ira incontenible, en la que ardían su amor propio y su delicada alma, gritó:

—¡Estúpidos! ¡Borrachos! ¡Ignorantes!... Os ofrezco la verdad...

—¡No queremos tu verdad!—aulló un hombre.

Y reforzó su negativa con unas hortalizas que lanzó contra él, ejemplo que, por ser muy de su gusto, remedaron hombres y mujeres hasta hacerle abandonar el escenario, con menos dignidad de la que debería emplear un poeta. Su ausen-

cía fué aprovechada por el jurado que tenía que elegir al rey de los locos, cuya presidencia era desempeñada por un enorme carnicero:

—¡Vamos a elegir ahora al Rey de los Locos!—agitó una corona de papel—. Hombres, mujeres, para el más feo de todos será la corona... ¿Qué os parece esta cara?

Sucesivamente fueron apareciendo los rostros más espantosos de París, que eran aplaudidos o abucheados por el público, con ardor más propio de tarea de más importancia. Luis XI se había acodado en la barandilla de su estrado y estudiaba las reacciones del pueblo.

—La fealdad atrae mucho a los humanos...—apuntó.

—Es cuestión de gustos — dijo con repugnancia Frollo.

—No. De instintos. Todos nos asustamos de lo feo y, sin embargo, deseamos verlo. Es algo que tiene una fascinación diabólica. Buscamos el placer en el horror.

—Solamente la plebe, Señor—replicó Frollo.

—¿Crees? Mira a nuestros amigos. No parece que les interese menos a ellos.

Efectivamente, los cortesanos y cortesanas comentaban las horribles cataduras que exhibían los concursantes, con tanto interés como los simples ciudadanos, empleando para ellos los epítetos más dispares. El hermoso capitán de la guardia real, Febo, lanzó una exclamación que sorprendió a sus amigos:

—¡Maravillosa!—y sus ojos brillaban.

—¿Qué?

—Esa muchacha. ¡Qué belleza!

La aludida por Febo era la gitana que había burlado la vigilancia de la puerta de París y que danzaba al son de una flauta y de una pandereta. El asombro de los que la rodeaban, entre los que se contaba el amante de la belleza, Gringoire, estaba justificado. Era esbelta y proporcionada, de una belleza muy pura, pero más interesante que la física, era la moral, la atmósfera que creaba, procedente acaso de su ingenuidad y de su inocencia, de la gracia algo selvática de sus movimientos.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama?—indagó Gringoire con avidéz.

—¡Esmeralda! — respondió el flautista.

Gringoire siguió su contemplación. El mismo Rey, apartando su mirada del escenario, se fijó en la gitana y advirtió que no era el primero de su corte en hacerlo, pues Frollo no despegabá sus ojos de ella. El monarca siguió sus giros y se sintió enternecido por su aspecto.

—A mi pueblo le agrada mucho y a mí también. Doctor, préstame media libra.

—Es una gitana, Señor—anunció Frollo.

—¿Qué me importa su raza? ¡Es bonita!—tiró la moneda y saludó a la ballarina—. ¿Es que no te sientes tú también atraído por su belleza? ¿Y tú qué dices, doctor?

—Yo he envidado cuatro veces, Señor, pero estaría dispuesto a repetir aún.

Esmeralda, repentinamente, dejó

de bailar y su sonrisa desapareció. Lanzó un grito señalando a la parte baja del estrado, entre dos de cuyos listones había visto relucir unas pupilas, que la contemplaban brillando como las de las fieras. Los espectadores se pusieron en movimiento y, auxiliados por algunos soldados, desaparecieron bajo la construcción. Se oyó un rumor de lucha y salieron minutos más tarde empujando a un personaje, cuya presencia puso en pie a Frollo.

—No, no estropees su diversión, Frollo. Quédate aquí — recomendó el Rey.

El hombre capturado por el pueblo fué impelido violentamente y su cabeza salió por una abertura del tablado en donde se exhibían los concursantes. ¡Era el Jorobado! Las mujeres se pusieron a chillar y los hombres sintieron un tirón en sus músculos.

El jorobado era de una fealdad espantosa. Su gran cabeza, casi calva, estaba deformada en su parte derecha por algo semejante a una cicatriz. Uno de sus ojos saltones era más pequeño que el otro. Sus anchísimas espaldas mostraban una joroba enorme, que no le restaba agilidad ni fuerza, como se comprendía por la dificultad de sus capturadores en mantenerlo sujeto.

—¡Que sea ése el rey! — pidió una mujer.

Pasada la repugnancia, que dispuso la petición de la mujer, el carnicero y sus auxiliares se aproximaron al campanero y le anunciaron que le iban a proclamar el rey de los locos. El desgraciado se re-

volvió contra ellos y la emprendió a dentelladas y empujones, trazando un círculo en torno suyo, resolviendo como una fiera. No entendía las explicaciones del presidente.

—Está sordo. Las campanas le han dejado sordo.

—Bueno, ¿qué os parece que hagamos?

—Enséñale la corona — aconsejó un estudiante.

Le enseñó la corona, como le recomendaban, y el campanero jugueteó con ella unos instantes, como si su lento cerebro tardara en comprender el alcance del símbolo. Después, con un gesto súbito y violento, se la puso sobre las sienes y la multitud aulló de placer.

—Por unanimidad te proclamamos el rey de los locos.

En un santiamén colocaron en sus manos un simulacro de cetro, le pusieron una capa y sobre un palanquín, paseándole entre cantos y alaridos, formando su cortejo de honor. La alegría rayaba en el delirio y parecía ser inextinguible, a pesar de las amonestaciones de Gringoire, cuando el negro corcel de Frollo surcó la muchedumbre, abriendo camino, y su jinete lanzó una mirada, una sola, que tuvo la virtud de hacer saltar al campanero del palanquín y arremeter contra sus súbditos.

Huyeron espantados, aunque protestando de que se llevaran a su rey, puesto que a cada intento de recuperarlo, el jorobado agitaba amenazadoramente la corona y todos procuraban ponerse a salvo. ¡La fiesta había terminado!

Mientras el campanero se dirigía a la catedral, cogido del arnés de Frollo, Gringoire intentaba convencer al tesorero de la fiesta de que le pagase algo.

—Nada de facturas. Solamente peticiones.

Entre la multitud que luchaba

por hacerse oír, estaba Esmeralda que, sin conmoverse por las protestas de sus vecinos, los apartaba. Un soldado la agarró por la falda y la detuvo. Palideció la gitanilla e intentó escaparse.

—Tengo que ver al Rey. Tengo que verle.

CAPITULO II

EL HOMBRE SOMBRIO

Una mueca burlona apareció en el rostro del soldado al escuchar la exclamación de Esmeralda, la cual empezó a retroceder para huir de sus manos:

—¡A ver, enséñame el permiso de estancia en la ciudad!

Súbitamente, la gitana dió la vuelta sobre sí misma y con la misma facilidad que una golondrina salva la distancia de los ámbitos, se mezcló a los que observaban la escena y desapareció entre ellos.

—¡Cogedla!—gritó el soldado.

El y un compañero suyo echaron a correr tras de la fugitiva, mejor dicho, intentaron perseguirla, pues los hombres y las mujeres, entre los que se contaba Gringoire, formaron un muro impenetrable, el cual, una vez salvado por los soldados, que comprendían perfectamente el motivo de la obstinación po-

pular en interponerse a sus órdenes, se deshizo, comentando el incidente.

No se veía a la gitanilla por ninguna parte. Esmeralda, sin saber a dónde se encaminaba, internóse en las sinuosas calles y corrió desalada por ellas; por fin llegó a una amplia plaza, al fondo de la cual se alzaba la maciza catedral, e impulsada por una fuerza superior la atravesó y subió la escalinata, intentando entrar en el interior. Un sacerdote de majestuosa figura salió a su encuentro.

Este era el Arzobispo de París, la mayor autoridad de la ciudad después del Rey. Los soldados, que habían adivinado el rumbo tomado por Esmeralda, se le acercaron jadeantes bajo el peso de su coraza y se detuvieron a un ademán suyo.

Y el Arzobispo supo al instante la historia de la persecución.

—¡Santuario!—dijo.

Los soldados titubearon entre su deber y el conocimiento de que, a partir de aquel umbral, empezaba un dominio en que ni las armas ni los sellos reales tenían ningún poder. Era un dominio milenarío: la paz de la Iglesia para todos los desvalidos.

—Tenemos que prenderla. Es una gitana.

—La Iglesia es un lugar sagrado para todos—replicó el prelado.

—No pueden entrar en París. Hay una ley que lo prohíbe.

—El poder de la ley acaba en este límite.

El soldado se volvió hacia su compañero y le consultó con una mirada, encogiéndose de hombros. Empezaron el regreso y bajaron la escalinata.

—Es inútil. Ni el propio Rey conseguiría aquí nada.

El Arzobispo les miró durante unos instantes. Luego avanzó hacia Esmeralda, que temblaba junto a una pila de agua bendita, y la expresión de energía se suavizó, siendo reemplazada por una mirada de bondad y de ternura.

—No temas. Aquí estás a salvo. ¿Qué es lo que has hecho? ¿Por qué te persiguen?

La dulce voz del Arzobispo, voz acostumbrada a consolar a los que lloran, serenó el agitado espíritu de la gitana, la cual, percatándose de la paz que emanaban, tanto él como los dos monjes que le seguían, se apresuró a contestar:

—Porque soy gitana...

El Arzobispo se sonrió y la llevó por una de las solitarias naves.

—Eso no es culpa tuya. Lo dispuso la voluntad de Dios.—Y dijo a uno de los monjes—: Llévala al campanario. El campanero se cuidará de ella.

—No ha regresado aún, Ilustrísima.

—¿Dónde está?

—No lo sé, Ilustrísima.

Frollo y el campanero, cuya ausencia preocupaba al Arzobispo, se detuvieron ante las gradas el tiempo preciso para que el Justicia Mayor destabalgara y dejara su caballo al cuidado de un mendigo. Entró el primero en la catedral, seguido con menos precipitación por el jorobado, que aun hacía balancear la corona de cartón en el extremo de su mano.

Mientras el contrahecho se detenia a saludar las estatuas de los reyes de Francia, antes de subir al campanario, Frollo anduvo por una nave lateral hasta encontrar a un monje de hábito blanco:

—¿Dónde está mi hermano?

—Su Ilustrísima está en la sacristía, preparándose para el servicio de la tarde.

En efecto, el Arzobispo estaba revestido con sus sagradas insignias y rodeado de algunos acólitos, que desaparecieron al ver llegar a Frollo, esperando que las campanas de la catedral congregasen a los fieles. Fué al encuentro de su hermano, cuya preocupación se traslucía a pesar del férreo dominio de sí mismo.

—Claudio, quería hablarte... — empezó a decir Frollo—. A propósito del campanero. Ha dado un espectáculo ante el Rey y ante todo el mundo...

Una sombra de preocupación cruzó el apacible rostro del Arzobispo.

—¿Dónde está ahora?

—En su torre. Tienes que volverle a decir, enérgicamente, que él no tiene nada que ver con la gente que habita fuera de la Iglesia.

—Tú tienes sobre él mayor influencia. Tú le has hecho, Juan. Fuiste tú quien le recogió en las gradas de esta Iglesia, no yo... Desde su niñez, él siempre te ha considerado como su protector.

La conversación de ambos hermanos fué cortada, lo mismo que la meditación de Esmeralda, por el sonido de las campanas. En las puertas de la catedral sonaba un murmullo de voces apagadas e innumerables pies rozaban las enormes losas, que pavimentaban las naves. Los ciudadanos entraban para rezar el Angelus.

El campanero había abierto la portezuela del campanario y trepado los tortuosos escalones de la escalera de caracol que hasta él llevaba. Aquel era su país, cerca de las nubes, de los pájaros y de Dios. Las vigas que sostenían las enormes campanas formaban un laberinto intrincado para otro que no fuera él. Antes de lanzar al vuelo los bronces, musitó unas palabras incomprensibles y los acarició con amor, mientras su horroroso semblante se iluminaba. Impulsó las

campanas, primero de pie y luego tumbándose sobre una viga y empujándolas con las piernas, sin darse cuenta del riesgo que corría.

El monje que se había hecho cargo de la gitana, se puso a su lado y atrajo su atención, diciéndola:

—Ya ha vuelto el campanero. Te llevaré con él.

Pero una fuerza superior parecía retener los pies de Esmeralda en el santo lugar. Adequando su voz a los cuchicheos de su acompañante, preguntó:

—¿Quién es ésa?

Indicaba a una imagen de piedra tallada, que representaba a Nuestra Señora con el Niño en brazos y adornada por los atributos de la realeza. Numerosos cirios iluminaban la imagen con sus temblorosas llamas y la piedra semejaba estar dotada de vida.

—La Virgen María, Madre de Dios.

—¡Madre de Dios!

Y hubo algo en la sencilla frase proferida, que indicó al monje el estado de ánimo de la gitana.

—Si le abrimos nuestro corazón, Ella nos consuela.

—¿Cómo puedo yo hablarle?—se extrañó ingenuamente Esmeralda.

—Arrodíllate y reza, como hacen los demás.

Se alejó el monje para no turbarla y la joven se postró de hinojos ante la sagrada imagen, sintiéndose invadida por una sensación desconocida hasta entonces, como si su alma floreciera por primera

vez a unísono de las palabras que musitaba.

—Yo nunca he rezado, pero ellos me dicen que Tú ayudas a todos los necesitados...

Las plegarias hacían zumbir el templo como una gigantesca colmena, mezclándose a los cantos de los monaguillos y de los frailes. Hombres y mujeres unían sus almas en una impetración semejante, puesto que todos buscaban apoyo y alivio para sus rozos y dolores. Unos pedían simplemente la felicidad, otros ansiaban los bienes terrenos, otros el descanso, el consuelo, la tranquilidad para su hogar; aunque el fin de sus rezos fuera distinto, eran idénticos por su inmensa devoción y por la esperanza que tenían en la ayuda de la Madre de Dios.

Esmeralda, terminadas sus súplicas, se quitó la única joya que llevaba, un humilde aderezo que adornaba su cuello, y lo depositó a los pies de la imagen, tornándose a arrodillar.

—Toma todo lo que yo tengo, pero, por favor, ayuda a mi pueblo. Lo necesitan, están en grave peligro...

Se interrumpió. Había tenido la sensación de que alguien la espiaba con pupilas encendidas como brasas. Un ligero grito escapó de sus labios al ver que el intruso iba vestido de negro y que su severo rostro destacaba pálido en las tinieblas crecientes de la catedral gracias a la luz de los cirios. En una palabra, que era Frollo, el temible enemigo de su raza.

—¿Qué haces aquí, en Nuestra Señora?

—Estoy rezando.

—No puedes rezar aquí. Eres una hereje.

—¿Quién sois vos? No sois un sacerdote aunque estéis en esta Iglesia...

Los labios de Frollo se plegaron, llegando a formar una línea imperceptible. Luchaba contra un raro sentimiento, que acaso procedía del espectáculo de una gitana rezando con fervor o del espanto que su presencia producía.

—No te importa lo que soy. Levántate y sal de la Iglesia. Tú manchas esas piedras en donde te arrodillas.

—¿Yo?—exclamó dolorida.

—Tú has pecado al bailar en público y al despertar así en todos los hombres el deseo de mirarte.

Jamás había pensado Esmeralda en tal cosa y la idea la hizo balbucear:

—Bailar no es pecado... a mi parecer es... como hablar...

El raro sentimiento crecía en el interior de Frollo y con él su ira, pues, acaso por primera ocasión en su vida, conocía que era de la misma carne que los demás hombres y que acusaba a la gitana de lo que en su interior se había despertado. Así es que, incapaz de contener su helada rabia, la agarró por un brazo y de un estirón intentó incorporarla.

—¡Levántate!

—¡Dejadme!

Esmeralda se debatió para liberarse de su mano y con un movi-

miento inconsciente, adquirido por la costumbre de varios años de práctica, sus ojos se posaron en la diestra de Frollo. Y el grito que se le escapó fué superior a su voluntad.

—Vuestra mano... en ella he visto la marca del diablo...

—¡Bruja! Por decir tal cosa haré que te ahorquen

—No, no, por favor, no—suplicó Esmeralda y se dirigió a la Virgen—. Madre de Dios, no le permitáis que me ahorque. ¡Protegedme! ¡Protegedme!

—De nada te servirá rezar. Tú perteneces a una raza maldita.

—¡Vos no sabéis nada de mi raza!

—Las gentes honradas no viven de practicar la magia...

Esmeralda había recobrado su valor y, sin hacer caso del horror creciente que en ella originaban las miradas, agudas, delatorias, de Frollo, se encaró con él, hablándole dulcemente, comprendiendo toda la tortura del hombre.

—Si nosotros tuviésemos poderes mágicos, ¿creéis que íbamos a vivir así, siempre perseguidos, siempre pobres? Lo natural es que la empleáramos en beneficio nuestro.

La lógica de Esmeralda sólo sirvió para aumentar su ira y su obstinación.

—¡Hay que destruir por completo vuestra raza!

Esmeralda observó que la catedral estaba casi desierta y que el incienso allí estaba suspendido, inmóvil, coloreado por los últimos rayos del sol. Y supo la manera de

vencer a Frollo, relatándole la gloria que había descubierto en aquel sagrado sitio:

—Yo podría pasar aquí mi vida entera, sin tener un mal pensamiento, ni hablar siquiera, sino estar aquí, simplemente... Mirad esa ventana de cristales rojos y azules, en los que juega la luz del sol y cómo juega la luz entre las columnas! Son tan altas como los pinos de los bosques... ¡Hay aquí tanta paz! Casi hay más tranquilidad aquí que en el corazón de los bosques, donde cantan los pájaros, cuando llego... ¿No lo sabéis? Los pájaros comen en mi mano. No se asustan cuando se les trata con cariño.

La belleza de Esmeralda y, más todavía, el increíble encanto que brotaba de su inocencia y de su ingenuidad, tenían dominado el ápero corazón de Frollo, que incluso llegó a contestar, como en sueños:

—Lo sé.

—¿Os agradan los animalillos?

—Sí.

—¿Vos decís eso? ¡Vos!—repitió incrédula—. Entonces no podéis odiar tanto como decís... En algún rincón de vuestro corazón queda sitio para el amor. Lo sé, lo veo en vuestros ojos. Dios me ha hecho ver la bondad que hay en vos. Dios me hará ver también la manera de ayudar a mi pueblo. Madre de Dios, ya ves Tú cómo se nos echa de un país y de otro y de otro... Quiero ver al Rey... es bueno. Seguramente hará algo para ayudar a mi pueblo. ¡Haz que me escuche!

—Te escuchará.

No había sido Frollo quien ha-

bía hablado. Había sido el propio Luis XI, el cual, saliendo de una capilla próxima a la imagen de Nuestra Señora, y escoltado por sus cortesanos, había oído... ¿Cuánto había oído y qué había deducido? Frollo perdió su sangre fría al percibir la rápida mirada del monarca.

—Te escucharé — repitió levantando a la gitana —, pero tendrás que explicarme algunas cosas. Me dicen que todos los gitanos no son más que ladrones.

—Eso no es cierto, Majestad — protestó con calor la joven —. Cuantas veces robamos es porque tenemos hambre. Mi pueblo tiene buen corazón y os quiere, Señor. Vos sois bueno, Señor, porque habéis prometido ayudarnos.

El Rey se echó a reír y le dio unas palmaditas en la mano.

—¡Ah, pequeña bruja! Lo único que dije es que te escucharía... ¿Dónde vives? ¿Adónde he de enviarte mi respuesta?... ¿A Nuestra Señora? — preguntó, señalando el altar de la imagen.

—Sí, Majestad.

—Bien, entonces aquí te enviaré mi respuesta.

El Rey desapareció por la puerta seguido de sus cortesanos. Frollo estuvo dudando, pero optó por quedarse junto a la gitana que le tenía como hipnotizado. Una idea se le había ocurrido y quería ponerla en práctica. En cuanto Esmeralda creyó estar sola, se postró al pie de la imagen y exclamó:

—Gracias, Madre de Dios, gracias, gracias. Voy a decírselo a los míos.

Pero no pudo hacerlo, pues Frollo se interpuso entre ella y la salida.

—Espera.

—¿Por qué? — dijo la joven retrocediendo.

La sonrisa de Frollo en vez de tranquilizarla la aterrorizó. El hombre sombrío dió unos pasos hacia ella y el ademán de fuga de la gitana fué evidente. No obstante, el Justicia Mayor no cejó en su idea:

—Te has acogido aquí, a un lugar sagrado, ¿no es cierto?

—Sí — afirmó, palideciendo.

—No te apenes tanto... Te agrada vivir en el campanario, en lo alto, sobre París. A mí mismo me agrada. Vamos, ven y te lo enseñaré. El campanero cuidará de tí.

Había guiado a Esmeralda hasta la puertecilla del campanario, la cual, así que estuvo abierto, puso de manifiesto la escalera de caracol, que un vago resplandor hacía perceptible y en la que se oían unas pisadas apagadas, que bajaban hacia ellos. La gitana estaba remisa a seguirle, temiendo una emboscada, un peligro desconocido. Frollo, sin embargo, la obligó a subir y de esta manera se encontraron ante el capantoso campanero.

En cuanto vió su horrible semblante y su deformé cuerpo, la gitana se libró de la mano de Frollo y se refugió junto a la puertecilla. El jorobado la miraba balanceando su cabeza y enseñando los dientes en una sonrisa, que se borró al comprender el efecto que causaba su fealdad.

—¡No te marches! Vamos, ven conmigo—ordenó Frollo.

Y saltó a su lado. El campanero hizo lo mismo, con el resultado de que Esmeralda precipitara su fuga. Alocada, presa de un temor invencible, huyó escaleras abajo, buscando una salida.

Visto por Frollo que sus amonestaciones no la detenían, víctima de

nuevo de su espantosa cólera, hizo un ademán imperioso al campanero, el cual, con grandes saltos, se esfumó en pos de la fugitiva.

El hombre sombrío estaba seguro de que no se le escaparía. Era una ventaja que su protegido estuviera sordo y casi mudo, pues no hablaría. Además, nadie se preocuparía por la suerte de una gitana.

CAPITULO III

EN LA CORTE DE LOS MILAGROS

Por tercera vez en aquel día, Esmeralda corría por las calles de París sin rumbo fijo y sin otro pensamiento que el de escapar de algo en que se empeñaba el destino a meterla. No tardó mucho en oír las pisadas del campanero que, desmintiendo la pesadez que prometían su desgracia y su corpulencia, fué ganando rápidamente terreno.

Las casas y las calles iban perdiendo la limpia y rica apariencia a medida que el jadeo y el cansancio de Esmeralda crecían. Se refugió entre unos carros apostados en una esquina, con la esperanza de que el jorobado, engañado por su sordera, pasara sin verla. Pero fué inútil; el contrahecho debía poseer un sexto sentido o una mente muy rápida, por cuanto descubrió su as-

tucia y estuvo a punto de apoderarse de ella. Y recomprendieron la carrera.

Por fin llegaron a los barrios que ninguna persona de bien se atrevía a frecuentar a tales horas de la noche, a menos de ir bien armado y con fuerte compañía. Una tapia dividía en dos una especie de plazuela, sucia de barro y llena de despojos, y hacia ella voló Esmeralda con la idea de desorientar a su perseguidor. Sus pies y los del jorobado pisaron el cuerpo de Gringoirre, que yacía entre la paja medio podrida, sacándole de sus poéticos ensueños, y le avisaron de que ocurría algo anormal.

Esmeralda dió la vuelta, con cautela, a uno de los bordes de la tapia y no vió al campanero, empezando

a tranquilizarse. ¡Le había burlado! Pero pronto se convenció de su error, puesto que el jorobado saltó sobre ella desde el otro lado de la tapia y procuró acallar sus peticiones de socorro.

Gringoire no tenía madera de héroe y no sintió el impulso de acometer solo al raptor de Esmeralda, en cuanto hubo oído sus gritos y advirtió el deforme cuerpo del campanero. Recorrió golpeando las puertas de las casas más próximas, sin cesar de pedir socorro a grito pelado. Algunas ventanas se abrieron y, por último, de una taberna salió el capitán Febo con dos de sus soldados.

—¿Qué escándalo es éste?

—El jorobado ha raptado a esa chica gitana—le informó Gringoire—. ¡Salvadla!

El campanero buscó un sitio por donde escapar de la inminente amenaza y, sin que su carga pareciera estorbarle, se internó en una callejuela con la velocidad de un gamo. Gringoire y otros hombres siguieron a los caballos del capitán Febo y de sus hombres, pero llegaron tarde para presenciar la captura del raptor. Este soportó estoicamente las amenazas de muerte y las cuerdas que le ataban los brazos, lanzando unos bufidos terribles.

—Atadle bien. No dejéis que se os escape.—Y, volviéndose hacia la gitana, le preguntó: ¿Cómo os llamáis?

—Esmeralda.

La blanca capa y la brillante coraza del capitán Febo realzaban su varonil belleza, contribuyendo a au-

mentar la seducción el haber sido él su salvador. Esmeralda le miraba, con los ojos muy abiertos y el semblante pálido, como a un ser de un mundo superior. La hermosura de la gitana y su patente admiración halagaron al soldado, el cual la sonrió:

—Me acordaré y ya nos volveremos a ver.

Si para Febo era la promesa de una aventura más la despedida, muy otro cariz tenía para Esmeralda. Vió como daba órdenes para que sujetasen bien al campanero y poco después se adentraba en una calle, empujando a su capturado; pero antes se volvió para saludarla.

Las mujeres que la rodeaban eran las damas de la Corte de los Milagros y se hicieron cargo de ella, instándola que entrase en un edificio, pórtico de aquel sorprendente reino. Pero Esmeralda se negó:

—No, yo esperaré aquí fuera.

—No esperes nunca a ningún hombre...—fué la irónica respuesta.

—Estoy segura de que vendrá.

—Sí, seguro. Además, llamándose Febo.

—¡Febo!—murmuró la gitanilla.

Y mientras ésta ingresaba en la Corte de los Milagros, Gringoire, subido en las piedras de una casa en construcción, presenciaba el paso del capitán y de sus hombres, escoltando al contrabhecho, y le felicitaba por su captura.

—Gracias por tu ayuda. Has gritado tan fuerte...

La burla era demasiado clara pa-

ra que el poeta la dejara pasar sin una explicación:

—Y levantarla a todo París contra tales monstruos.

—¿Es novía tuya la muchacha gitana?

Uno no sé qué, tal vez el interés del capitán, le obligó a mentir, puesto que conocía su fama de mujeriego.

—Sí, mi querido capitán Febo, y recordad que seré yo quien os pague y no ella.

Pero el desafío y el orgullo del acento del poeta quedaron desvirtuados al caer de las piedras en que estaba subido. Contentó la carcajada del capitán con otra y se puso a pensar en Esmeralda y en su mentira... Mas no tuvo tiempo de ir muy lejos en su meditación, pues una niebla de horror le impidió la visión. Aun continuaba en el suelo y a su misma altura estaba un espantoso mutilado pidiéndole limosna.

Con un quejido de horror escapó de su alcance, para ir a chocar contra otro mendigo y contra otro. Estaba rodeado de unas figuras de pesadilla que reclamaban unos céntimos con voz quejumbrosa. Se cogió la cabeza entre las manos y se lanzó contra una puerta, perseguido por las dantescas visiones.

¿Se había vuelto loco? La puerta cedió y se encontró en una sala enorme llena de gentes harapientas, de mutilados que cobraban, como por ensalmo, todos sus miembros, de ciegos que recuperaban la vista, de ladrones, tahures, juglares, voceando, cantando y bebiendo... ¡Estaba en la Corte de los Mila-

gros! Lo cual era semejante a afirmar que había sido dictada su sentencia de muerte. Y sus dientes castañetearon de terror.

Clopin, el rey de los mendigos, estaba sentado en un sillón de madera, que le servía de trono, despachando los complejos asuntos de su reino, cuando los hombres que habían aprisionado a Gringoire, se pusieron en la fila y recibieron la orden de esperar.

Era indudable que Clopin poseía una mano fuerte para regir a sus súbditos y que todos respetaban con reverencia su importante persona, desde la pluma de faisán, que adornaba su casquete, hasta la punta de su estropeado calzado. Su voz ronca amenazaba e insultaba sin distinción de sexo y de importancia, coreado por las risotadas de los demás y respaldado por la presencia de su verdugo.

La reina le presentaba a Esmeralda y hablaba de ella con un cariño que despertó el interés del rey. No era habitual que su voz malsonante adquiriera aquellos matices y, en cuanto vió a la gitana, comprendió la causa.

—Desde el momento en que la vi, me agradó. Esmeralda, ahora tú eres de los nuestros.

Clopin apartó bruscamente a su consorte y besó la frente de la joven:

—¿Eh, quién es aquí el rey? Yo, y nadie más que yo, puede dar el beso de iniciación... Muchos de tu raza encontraron aquí refugio. Tú también encontrarás aquí paz y un hogar...

Y siguió dirigiendo los asuntos de estado hasta que estuvo próximo el turno de Gringoire. Obtuvo el pago de la contribución diaria de un contribuyente remiso, señalando la horca que pendía en el centro de la sala y contando hasta tres. La presencia de Gringoire le desconcertó.

—¿Quién es ése?

El verdugo se encargó de informarle:

—Un forastero. Estaba curioseando por ahí cuando le cogimos.

—Y, ¿cómo entró? ¿Se han dormido las guardias? ¡A ver, que yo lo vea!

Gringoire fué arrastrado hasta el pie de la escalera en cuya cumbre estaba el enérgico monarca y su corte, que se apiñó para ver al apurado poeta. Le obligaron a hacer una reverencia y a esperar la pregunta de Clopin. Este descendió de su trono y le miró cara a cara.

—¿Quién eres tú?

Gringoire balbuceó, sabiendo que su vida pendía de un cabello, y su tartamudeo le desprestigió más, si cabe, ante aquellos hombres que no temían nada.

—Permitidme que me presente yo mismo. Soy maese Gringoire, doctor en las siete artes liberales.

—¿Sabes a dónde has venido a parar?

—A la Corte de los Milagros, donde los ciegos ven... y... los cojos andan.

—¿Sabes lo que sucede a cuantos vienen aquí sin que se les haya llamado?

—Me lo imagino.

Y por si no fuera bastante su imaginación, el verdugo se encargó de aclarar toda duda, inclinándose ante Clopin.

—¡Dejadme que lo ahorque!

Seguó una discusión referente a Gringoire entre el rey y la reina. Aseguraba el primero que era un espía y estaba decidido a llevar las cosas por el camino usual, pero la reina, cuyo corazón no se había endurecido del todo y que simpatizaba con Gringoire, hacía reparar que era un doctor, título que merecía todos los respetos.

—Soy un poeta. Se representó una comedia mía en el festival.

—Todo el que entra aquí, sin ser un ladrón ni un mendigo, ha de ser ahorcado.

La sentencia del rey hizo que Gringoire fuera llevado en volandas hasta una mesa, sentado en ella y que el verdugo pasara una soga en torno de su cuello. El desagradable contacto del cáñamo cortó en seco las lamentaciones y protestas del poeta, espoleando su ingenio que jamás le había fallado. También animó a su sangre a no precipitarse alocada ante lo inevitable.

—¡Qué lástima!...—gritó, mirando al rey— Mis baladas te hubieran hecho inmortal.

—¿Qué? ¿Qué es lo que has dicho?—preguntó el rey, abriéndose paso.

—Pues... yo... yo pensaba escribir un poema en tu honor, para... glorificar tu reinado...

Los mendigos demostraron su contrariedad de distintas maneras al ver el interés de sus reyes, pero

Clopin impulsó el silencio con energía.

—No querrás engañarme, ¿verdad?

La salvación estaba a un metro de él y se sintió animado:

—Deja que viva yo y tú vivirás eternamente en la Historia.

—¡Hay que ver! — palmoteó la reina—. Mi Clopin en la Historia...

El aludido la hizo callar con malos modos y arqueó las cejas, estudiando, meditando al reo y animándole a que continuase.

—Además, yo soy como vosotros. Por ser un poeta, yo soy un vagabundo, puedo aprender prestamente a ser ladrón. Además, puedo divertirlos con mis poesías de tal modo como nunca imaginasteis.

—Las buenas intenciones no son bastante—repuso Clopin—. Hasta ahora nunca consiguieron ellas solas hacer un buen cocido. Tendremos que someterte a una prueba y, entonces, veremos si sirves para algo. ¡Baja el muñeco de cascabeles!

Un vestido completo fué bajado del techo y quedó colgado de una cuerda. Todo él estaba cubierto de cascabeles, que tintineaban al menor movimiento. Al pie colocaron un estrecho taburete y Gringoire empezó a comprender lo que se esperaba de él.

—Ahora, sube al taburete. Con un pie...—dijo el rey.

Así lo hizo, pero la pierna le temblaba de tal manera que le era difícil conservar el equilibrio. Plantó, pues, los dos pies en el asiento y protestó:

—Me romperé la cabeza.

—Entonces nos ahorrarías el ahorcarte—fué la poca piadosa contestación—. Saca la bolsa que tiene el pelele, pero si suena uno solo de sus cascabeles, estás perdido. Y te ahorcamos.

Gringoire tragó saliva con dificultad.

—¿Tú sabes hacerlo?

Y Clopin le contestó con dignidad:

—Yo ya no me ocupo de eso. Yo me dedico a asesinar, no a robar. A ver.

La última frase la destinó a lograr que Gringoire cubiera de nuevo al taburete y que se pusiera la pata coja. El infortunado temblaba como un azogado halagando a los cascabeles para que no sonaran, pero, en realidad, mejor hubiera hecho contentiendo la agitación de sus manos, que se adelantaban con una lentitud exasperante hacia la bolsa. El juego era interesante para los bandidos...

El tobillo de Gringoire no pudo resistir las sacudidas del cuerpo en el preciso momento en que la mano del porta estaba tocando la bolsa. Resbaló, por consiguiente, y quiso asirse del pelele para recobrar el equilibrio, con el resultado de que, no sólo sonaron todos los cascabeles, pero asimismo rodó con el muñeco por el suelo.

El verdugo se encargó de ponerle en pie, pasándole la soga por el cuello, intentando cortar la petición de Gringoire que exigía una oportunidad, aunque fuera más difícil, de salvar su vida. Clopin meneó, contrariado, la cabeza.

—¡Es lástima! Comenzaba a agradarme.

El verdugo lanzó la cuerda sobre una viga y se apoderó del cabo suelto. La reina pasó su mano en el hombro de su melancólica consorte y preguntó:

—Clopin, ¿por qué no le damos la oportunidad de que se case con alguna de las chicas?

—¡Espera!—gritó el rey al verdugo—. ¡Chicas! ¡Se vende un poeta, se vende un poeta, se vende un poeta!...

—¿Qué significa esto?—indagó Gringoire.

—Si alguna muchacha quiere casarse contigo, quedas libre y no podría ahorcarte.

Gringoire pensó que aquella era una magnífica idea, pero al empezar a contar Clopin hasta dos sin que ninguna de las mujeres se decidiese, con gran desencanto suyo, pues siempre se creyó dotado de algún atractivo, se despidió del verdugo y cerró los ojos. ¡A las tres!... El verdugo tiró de la cuerda.

—¡Esperad, esperad!—era Esmeralda—. ¿Vas a ahorcar a ese hombre?

—Claro. A no ser que quieras tomarlo por esposo.

La gitana se acercó conmovida a Gringoire y éste vio que hasta entonces no había advertido su verdadera belleza. Se contemplaron unos instantes, en medio de la expectación general, y por fin la joven se decidió:

—Sí, lo acepto.

—¿Y tú, la quieres o no?—preguntó Clopin.

La respuesta era obvia, pues Gringoire, habiendo olvidado ya el peligro y la cuerda que se deslizaba en pos de él, cogió las dos manos de la gitana y las besó, mostrando algo que no sólo era gratitud, pero muy semejante al amor. El verdugo rápidamente recuperó su soga y la quitó de mala gana del cuello del reo.

Todos aclamaron a los novios. Clopin, con una solemnidad no exenta de gracia, mandó a uno de sus satélites que pusiera entre las manos de ambos la jarra llena de vino, que entre aquellos desalmados simbolizaba la unión matrimonial.

—Cógela después que Esmeralda, bebe y rómpela—advirtió al poeta.

Bebió Esmeralda e hizo lo mismo Gringoire sin apartar sus ojos de los de la joven, que se ruborizó impensadamente, como abarcando ya el alcance de su generosa acción. La jarra se estrelló entre los pies de ambos, reduciéndose a pequeños fragmentos.

—¡Llévemoslos ahora a la cámara nupcial!

Esmeralda y Gringoire fueron puestos a la cabeza de la comitiva, cogidos del brazo, respectivamente, del rey y de la reina de los mendigos, y subieron la escalera, mientras se formaba el cortejo que agitaba las antorchas y cantaba con vigor.

Una vez estuvieron solos en la cámara nupcial, una especie de celda desnuda y polvorienta, Esmeralda se apartó de la puerta y se inclinó ante el hogar, manejando el

eslabón y la yesca. Gringoire se arrodilló a su lado.

—Necesitamos fuego — dijo Esmeralda — Ya ha prendido.

—Deja que te ayude.

—No, es la mujer quien se cuida de encender el fuego.

Soplaron unos momentos antes que las llamas disiparan parcialmente la oscuridad de la habitación. Gringoire se encaró con la gitana, sin saber cómo obrar en aquella inesperada situación.

—Pero fué un hombre el primero que lo trajo a la tierra.

—¿Quién?

Antes de responder, el joven se tumbó en el suelo y apoyó la cabeza en el hombro de ella.

—Prometeo.

—¿Quién es éste?

—Un personaje mitológico. Los griegos creían que robó uno de los rayos del sol y que consiguió que de él brotaran las llamas, entonces bajó a la Tierra y enseñó tal prodigio a las criaturas humanas; y desde entonces éstas supieron también hacer fuego, para calentar sus ateridos cuerpos.

—¿Como hacemos nosotros?

—Igual que nosotros—sus pensamientos se dirigieron por otro camino—. Esmeralda, yo quisiera... ¿Cómo poder explicarte lo que siento? Hoy... primero las gentes me ridiculizaban, luego te ví, después te perdí otra vez y ahora estamos reunidos y... casados... Durante mis largas y tenebrosas noches, yo siempre soñaba un milagro así, a la vez que odiaba todos mis días... Ahora

saludo a Febo. ¡Luce, Febo, Rey del día!

Al oír el poético nombre del sol, Esmeralda se alejó de él, poniéndose en pie, y parándose ante la estrecha ventana desde donde se distinguía una parte de la calle. Había resucitado en ella el sentimiento que la dominó en presencia del Capitán de la guardia del Rey y no advirtió ni la sorpresa ni el resquemor de Gringoire, al indagar:

—Esmeralda, ¿he dicho algo que te haya molestado? Debes decirme lo.

Las manos del joven se apoderaron de su cabeza y la obligaron a mirarle.

—¿Quién es Febo?

—Febo es el dios del Sol.

—¿El dios del Sol?

Entonces, Gringoire emitió una pregunta que sembró la infelicidad en su alma y en su espíritu durante muchos días, pero una pregunta necesaria en sí.

—¿Por qué lo preguntas?

Esmeralda titubeó unos segundos antes de responder. Sabía que Gringoire tenía ciertos derechos sobre ella, el primero de los cuales era el de no ocultarle nada, por mucho que le costase la confesión.

—Yo amo a un hombre que se llama Febo.

—Febo... ¿no será aquel capitán que te salvó de las garras del jobado?

—Sí.

Gringoire lanzó una estridente carcajada que no era precisamente alegre y que hizo daño a Esmeralda.

por querer ocultar la amargura que rezumaba el corazón del joven.

—De modo que no me amas. Lo hiciste solamente por compasión, por piedad...

Se apoyó en el alféizar de la ventana y miró, sin ver, la calle.

—Siento haber lastimado tus sentimientos...

Con un esfuerzo, él logró ser nuevamente señor de sí mismo y se volvió.

—Bien, puesto que no me quieres como marido, puede que me quieras como amigo.

—¿Cómo amigo? — no entendió Esmeralda.

—¿No sabes lo que es la amistad?

Sí. Lo único que no sabía es que existieran almas tan nobles como la de su salvado. Le apretó las manos.

—Ser como hermano y hermana, como dos pétalos de una misma flor...—dijo.

—¿Y el amor?...

—Es ser dos y al mismo tiempo ser uno solo.

—Yo te amo, y estoy dispuesto a ser lo que tú quieras—anunció el poeta—: seremos marido y mujer o seremos hermana y hermano, como quieras. Soy lo bastante filósofo para aceptar las cosas según su estabilidad... según su propio equilibrio.

Su modo de hablar era un idioma desconocido para Esmeralda. No entendió lo que quería decir, o si lo entendió, simuló lo contrario, preocupada por la admonición de que algo anormal se estaba fraguando en contra de la Corte de los Mi-

lagros y, más todavía, en contra de ella misma.

—¡Ah! Eres jugador.

—No, lo siento, pero no lo soy.

—Pero puedes aprender. Yo te enseñaré. Mira.

Cogió un taburete y colocándolo sobre su barbilla lo mantuvo en equilibrio sobre una pata. Lo hizo con tanta sencillez que Gringoire aplaudió entusiasmado, afirmando que él nunca conseguiría hacerlo.

—Prueba.

Le alargó el taburete y el joven, tras de algunas vacilaciones, hizo lo que la gitana le ordenaba, aunque sin apartar la mano de la pata, pues, así que intentó soltarla, el asiento le cayó sobre la cara.

—Es inútil...

—No hables... Prueba.

—Bien.

La obedeció, más que inducido por su insistencia, para satisfacer su propia curiosidad que deseaba averiguar si era capaz de lograr su empeño. Esmeralda, en vista de que las risas de Gringoire habían cesado y no pensaba ya en ella, abrió la puerta lentamente y le dejó solo, hasta que, de pronto, el sonido de unas armas le sacó de su abstracción y abriendo la puerta, vió la sala llena de soldados y un jefe que hablaba con Clopin.

—Debe haber ocurrido algo. Todo el mundo... ¡Esmeralda, Esmeralda!

Gritó en balde. Estaba solo y la joven no respondía a sus voces. Alarmado salió a la sala en donde toda la corte se enfrentaba con las

armas de los soldados. Y así se enteró de que había orden de detener a todas las gitanas.

Frollo no se asustaba ante los obstáculos que se opusieran a sus deseos.

CAPITULO IV

¡FUE LA GITANA!...

El Justicia Mayor se ocupaba en sus momentos de ocios en leer o alimentar los numerosos gatos que llenaban su gabinete de trabajo. Lo último estaba haciendo, cuando sonaron unos respetuosos golpes en la puerta y ésta se abrió dando paso a Dubois, su lugarteniente.

—Buenos días, Excelencia—dijo inclinándose.

Frollo escrutó su cara y respondió con un gesto a su saludo.

—¿Qué hay?

—Ahí están todas las gitanas para que podáis verlas.

Frollo se ajustó los faldones de su hopalanda y salió rápidamente al patio. Una larga hilera de gitanas de todas las edades esperaba con paciencia animal a que se decidiese su destino y apenas repararon en el Justicia Mayor, el cual buscaba a Esmeralda entre ellas. Por un momento creyó haberla encontrado, pero se equivocaba. Llegó al extremo de la fila y ordenó al jefe de los soldados:

—La que yo busco no está aquí. ¡Dejadlas!

Se había puesto pálido de ira al no dar con Esmeralda, cuyo recuerdo le atormentaba hasta ser una obsesión. A esta preocupación se añadía la de no tener noticias de su protegido, desaparecido, asimismo, misteriosamente. Se encaró con el portero de su palacio.

—¿Has averiguado a qué prisión condujeron al campanero?

—No, aun no, Excelencia.

—¿Por qué no? ¡Averiguadlo en seguida!

El campanero estaba esperando el momento de comparecer ante el juez ordinario, custodiado por tres soldados, a pesar de estar sujeto por unas cadenas. Le estarnecían burlonamente los demás presos, hez de París, motejándole con los improperios más fantásticos. El juez golpeó con su mazo la mesa. El alguacil se puso al lado del campanero y le aconsejó:

—Habla alto, porque el juez es sordo.

La noticia no le conmovió ni poco ni mucho. Bufó como solía hacer cuando estaba perplejo y se plantó

delante de la mesa con las piernas abiertas y sostenido por los soldados, mientras sus ojos recorrían la mesa hasta tropezar con la cara del juez, inclinado sobre sus papeles.

—¿Vuestro nombre? ¿Vuestra edad? ¿Vuestra profesión?

Entre pregunta y pregunta el juez hacía una pausa para dar tiempo a que el amanuense apuntara los datos. Los espectadores de la grotesca escena estallaban de risa y su hilaridad se comunicó al jorobado, cuyo pecho retumbó a sus cartajas. Sin embargo, cierto temor se apoderó de él, puesto que arrugó la frente intentando adivinar las preguntas. Y el juez siguió:

—Emilio, ¿has anotado las respuestas del prisionero? — y siguió: Se os acusa de promover escándalo, de raptar una mujer y de hacer resistencia a los guardias del Rey. ¿Qué alegáis en vuestra defensa? ¡Contestad sin vacilación!

Todos se asombraron al oír la ronca voz del campanero:

—No comprendo.

—¿Os confesáis culpable?

—Cumpliré treinta años.

—En castigo os haré azotar.

—Campanero de Nuestra Señora.

Las risas habían llegado a su punto culminante y había peligro de que el juez las advirtiese. Prudentemente se inclinó el alguacil sobre la oreja menos sorda del juez y gritó:

—Excelencia, el prisionero es sordo. No oye nada.

Un relámpago maligno cruzó los ojos del juez, el cual se levantó:

—¡Ah! Eso es distinto. Por tal

insolencia, haré que estéis una hora en la picota.

Una hora más tarde, el pregonero enteraba al pueblo de París de que el campanero había sido condenado a recibir cincuenta latigazos con el gato de las nueve colas, por haber intentado raptar una mujer, y que a continuación sería expuesto durante una hora al escarnio público.

La muchedumbre se espesó alrededor de la rueda, a la que los acrivadores del verdugo estaban ligando al jorobado, con encontrados sentimientos, que demostraban su odio al contrabecho, que se inclinaron a su favor y fueron substituidos por la lástima, en cuanto el jubón y la camisa del campanero fueron arrancados de sus hombros poniendo de manifiesto su horrible deformidad.

El hercúleo verdugo cogió el gato de las nueve colas y dió el primer latigazo al jorobado; éste se enderezó como si empezase a comprender el alcance de su tormento y rugió de dolor y de ira, sin poder romper sus ligaduras ni cambiar de posición, que le asemejaba a una gárgola de la catedral.

Siguió el tormento y los gritos fueron extinguiéndose; un hálito de piedad contenida recorrió a la multitud, que conservó un piadoso silencio, aunque nada hiciera por dar fin a aquella injusticia.

Gringoire y Clopin observaban el azotamiento desde uno de los ángulos de la catedral, al mismo tiempo que el Arzobispo lo hacía desde una ventana, rezando para que Dios

atenuase el tormento, más moral que físico, del jorobado.

—No puedo soportarlo, Clopin.

—Porque no te han azotado nunca—respondió secamente el rey de los mendigos.

—¿A ti sí?

—Dos veces. Ahora ya consigo evitarlo casi siempre con dinero.

—¿Es posible que se vendan tales favores?

—Sí, hay hombres que en esta vida todo lo hacen por dinero. No es raro—dijo pensativo—. Fíjate, cuando terminó la guerra, y no olvides que duró cien años, millares de hombres llegamos a buscar trabajo honrado y nos apalearon sin piedad, por mendigar. Esos hombres perversos no nos dijeron: "trabaja o muérete de hambre"... Dijeron: "muérete de hambre, porque no trabajarás".

Para Gringoire era una sorpresa el que Clopin hubiera sido alguna vez honrado y casi podía aventurarse a suponer que lamentaba no serlo. Su relato más que una revelación era una justificación. Y se sintió unido a él y entendió su dureza.

—Yo también pasé hambre.

—Y muchos más, hasta que organicé esta asociación de mendigos...

—De la que soy el número 7.419.

—No debes avergonzarte de ello. En realidad, nuestros robos no significan nada comparados con los de ciertos malvados que saquean la nación.

—Entonces, resulta que la diferencia moral está en nuestro favor.

—Sí. Y algún día podrás escribir

un libro sobre la realidad de estos mendigos.

—Sí. Pero ahora debemos detener el castigo que se aplica a ese pobre diablo.

Clopin hizo una mueca de escepticismo y sacó su cuchillo con el que descortezó el palo que le servía de bastón. El momento de las confidencias había pasado y tornaba a ser el de siempre.

—Eso sólo puede hacerlo el Justicia Mayor.

—¿No es hermano suyo el Arzobispo?

—No creo que consigas nada, pero puedes intentarlo.

La intervención de Gringoire empezaba a ser inútil. El castigo ya había sobrepasado la mitad de su cuantía. Y la gente, por un raro capricho usual en las multitudes, había pasado de la compasión a la apreciación humorística y lamentaba que el campanero no hubiera derramado ni una lágrima, fenómeno que explicaban por la intervención del diablo, llegando incluso a disputar sobre éste y otros temas del mismo estilo a puños cerrados.

Gringoire había sido recibido por el Arzobispo, el cual se percató del efecto que la injusticia le había producido. Pero él no era joven y la vida le había enseñado que únicamente existe una auténtica Justicia, más allá de la vida de los hombres, y quiso hacérselo comprender.

—Lo sé... lo sé... ¿no hay ninguna manera de suspender ese castigo?

—¡Ojalá pudiera hacerlo!—suspiró el Arzobispo.

—El campanero pertenece a las gentes de esta Iglesia, ¿no es cierto?

—Sí, pero si interviniese en las casas del mundo exterior, ha de aceptar sus leyes. Si ese castigo es injusto, allá arriba hay un Poder Supremo, que todo lo ve y todo lo tiene en cuenta.

De todas formas la intervención de Gringoire hubiera resultado tardía. El verdugo limpió sus látigos y el prisionero repitió el aviso de que el condenado debía permanecer una hora en la picota. El verdugo colocó en el suelo un reloj de arena y sus auxiliares empezaron a hacer girar lentamente la rueda con su inmóvil carga humana. El campanero había perdido todas las esperanzas.

En este preciso instante penetró el portero en el salón del Consejo del Justicia Mayor, en donde se discutían, a petición de Frollo, las medidas que habían de ser adoptadas contra los gitanos, y esperó a que éste le dirigiera la palabra, como lo hizo cuchicheando:

—¿Qué has averiguado?

—Ya lo han sentenciado.

—¿Y dónde está?

—En la picota.

Le ordenó que se marchase y se levantó de su asiento, diciendo, mientras salía precipitadamente del Consejo:

—Se suspende esta reunión.

Llegó ante la catedral, montando en su conocido caballo negro, cuando el campanero pedía agua para calmar la abrasadora sed que le atormentaba. Nadie se movió al per-

cibir al Justicia Mayor y el campanero le miró anhelante, esperando su ayuda. En vano torció su cuello pidiéndole con los ojos la libertad, el escape de aquella vergüenza. En medio de un silencio glacial y expectante. Frollo cruzó la plaza, sin mirar ni a izquierda ni a derecha, y descabalgó frente a la puerta principal de la Iglesia, internándose en ella. Por primera vez en su vida, había sentido una vergüenza espantosa de sus actos y se había acobardado, no sólo por la muchedumbre, pero por el desgraciado sujeto a la picota y víctima de su devoción.

—¿Has visto eso? — exclamó indignado Clopin.

Y su exclamación tuvo eco en todos los corazones y resonaron en la plaza los murmullos hasta parecer el zumbido de un enjambre irritado.

—¿Y yo que creía que quería, de verdad al jorobado! — protestó el poeta.

—Nunca te fíes de quien tenga la nariz ancha. Te traicionará.

Pero Gringoire no le escuchaba. Había visto a Esmeralda, que cruzaba la plaza en su dirección, y fué a su encuentro. La extraña ausencia de la joven desde la noche anterior le tenía preocupado.

—¿Esmeralda! ¿Dónde has estado tú?

—Fui a ver a los míos. Fui a las puertas de la ciudad y les dije que el Rey ha prometido ayudarnos.

—¿Agua! ¿Agua, agua, agua!

Este grito, ronco, asombroso, pe-

ro audible, les alcanzó mezclado a las carcajadas del populacho y, solamente entonces, observó Esmeralda el castigo de su raptor. Sin que apenas rozasen sus pies el suelo de la plaza, se encaminó hacia la picota, subió los escalones y se detuvo. El campanero pareció querer rehuir sus miradas y ocultar la espantosa fealdad de su ser...

Ya no pedía agua, doblaba su corto cuello, intentando esconder sus repugnantes ojos. El espectáculo era casi sublime: la gitana, bella y pura como una flor silvestre, y aquel engendro, enfrentados, eran como los símbolos de la agonizante Edad Media, un símbolo tan poderoso, sugestivo y fecundo como la gloriosa catedral que esperaba a los afligidos con sus puertas abiertas de par en par.

Esmeralda desligó de su cintura su bota y el campanero echó hacia atrás su cabeza, bebiendo el agua con dificultad a través de sus torcidos labios y de sus enormes y salientes dientes. Volvió a beber sin que nadie protestase, presos todos en el hechizo de la maravillosa acción de Esmeralda, y cuando estuvo satisfecho, rápidamente, con tanta rapidez que su gesto semejó amenazador, besó la mano de la que había ofendido y que ahora, en un acto de bondad, sanaba su corazón dolorido.

Ni el Arzobispo ni su hermano presenciaron la acción de la gitana. El segundo, con la conciencia punzándole, quería justificarse ante su hermano, el cual, por su parte, deseaba consolarle de su desengaño.

—No pude evitarlo. Cuando lo supe ya había sido sentenciado.

—Juan, ¿qué pudo inducir al campanero a perseguir a esa joven? Nunca hizo nada parecido. No se hubiese portado así con nosotros, a menos que alguien le hubiera forzado... Comprendo lo que sientes, pero hemos de sobrellevarlo con paciencia.

Extinguido el plazo de la condena, el verdugo libertó al campanero de sus ligaduras y echó sobre sus hombros flagelados un trozo de tela vieja. El jorobado vaciló al bajar la escalera y resbaló varias veces en su carrera hacia la Iglesia, mientras las personas huían de su alcance. Tambaleándose logró entrar en la catedral y allí, en una de las naves, se desplomó, sin intentar levantarse, diciendo, todavía maravillado:

—¡Ella me dió agua!

El único hombre con poder suficiente para detener la condena del campanero, Luis XI, estaba tomando su baño anual en una tinaja construida a propósito, soportando con relativa calma los restregones de su médico y escuchando complacido la lectura que Olivier hacía de un libro impreso:

"¿Es que no somos todos criaturas de Dios, que estamos aquí, en

el Universo, unidas por el único amor a nuestro Padre Celestial? Ha llegado la hora de que consideremos con respeto a nuestros semejantes, porque únicamente así cumpliremos nuestro destino..."

—No me extraña que Frolo tema a la imprenta. Si todo el mundo pudiera leer eso... — interrumpió irónicamente el Rey.

—La prensa de imprimir parece ser una invención milagrosa — terció el doctor.

—Lo es — aseguró Luis —. Me alegro infinito de vivir en esta época de grandes comienzos... ¡Ay, me haces daño! No eres mi médico, sino mi verdugo.

—Os ruego que me perdonéis, Señor, pero no tendría que restregar tan fuerte al Vuestra Majestad se bañase algo más frecuentemente... Dos veces al año.

—¿Y con eso viviría más tiempo?

—Ciertamente.

—Pues estoy decidido a vivir más de cien años, si tu elixir cumple lo que promete. ¿Qué es eso? ¿Por qué tocan las campanas a esta hora y de ese modo tan raro? ¿Qué es lo que le pasa al forobado?

La alarma del Rey era también experimentada por todos los ciudadanos de París. Desde el día de su castigo, el campanero había entrado en un raro período de su ya sorprendente vida: lanzaba al vuelo las campanas a cualquier hora del día o de la noche, componiendo melodías nuevas que turbaban la paz de la ciudad. Según la creencia general, cada día estaba más loco, pues no se explicaba aquella súbita

indisciplina y su no menos inesperada transformación desde que Esmeralda le había dado un sorbo de agua. Repetía sin cesar su nombre al tañer las campanas y malas lenguas murmuraban que estaba enamorado de ella.

...

Gringoire y Esmeralda fueron contratados para una fiesta que se daba en el palacio de uno de los nobles de París y así lo comprobaban los curiosos que sacaban sus cabezas sobre los muros. La gitana se quedó maravillada al encontrar a su amigo andando con las manos, con los pies en el aire y ocupados por una serie de objetos inverosímiles y... se reía, lo cual era más raro.

—Gringoire, ¿qué estás haciendo?

Recobró la posición normal y estudió su traje de juglar recién hecho.

—El mundo presenta un aspecto magnífico, Esmeralda, cuando uno lo mira cabeza abajo.

—Gringoire, sé más sensible— dijo lanzando ojeadas a aquella parte del jardín que, afortunadamente, estaba desierta.

—¿Sensible? Es algo monstruoso ser tan sensible como yo lo soy.

—Recuerda para lo que estamos aquí.

—Para divertir a esos hombres, a



¡Esa la fiesta de los toros!



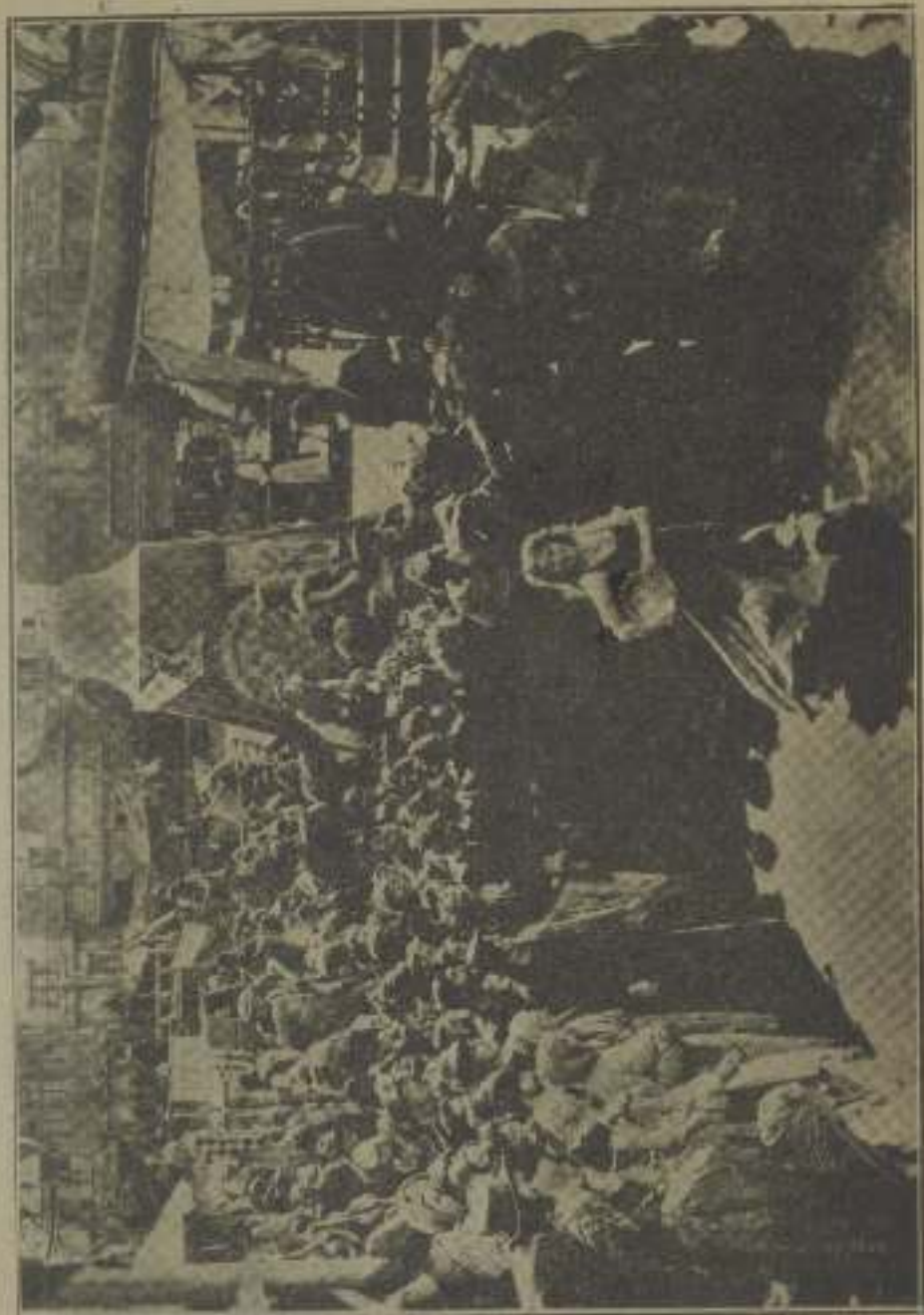
Los indios y tumbumbulos demuestrando su destreza.



La gran plaza repoblada gente.



Los XI niños robados de sus hogares.





—¡Maravillosa!— exclamó. *Falta.*

—No creíais en oración, *Freda.*



...el acompañamiento dirige a la catedral, cogido del brazo de *Freda*...



Luis XI, saliendo de una espilla próxima. *Salida olímpica.*



—let us speak

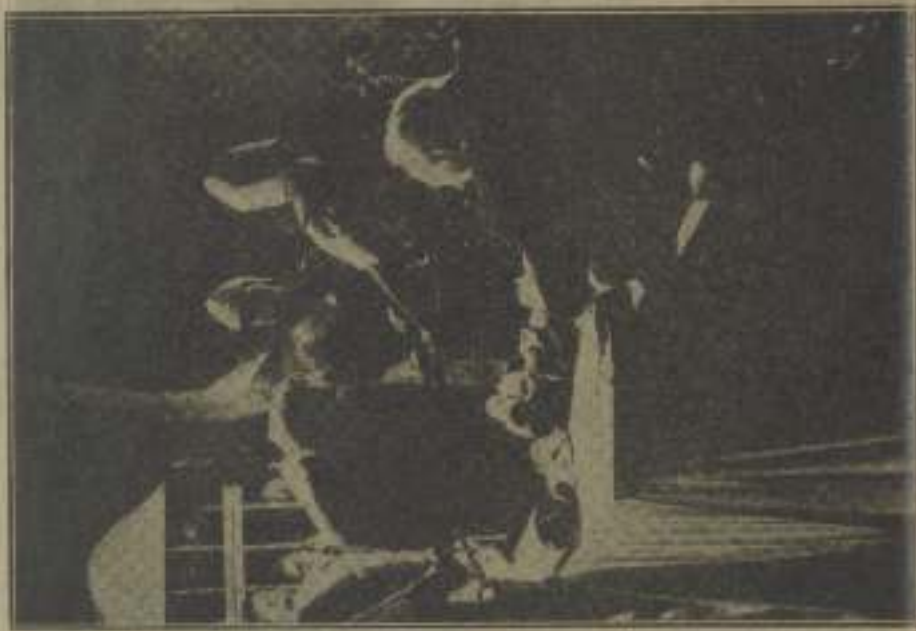




— Durante mis largos y trépidos oídos, se siempre estaba un milagro al —



Figure of mummy.





—Giancarlo, il figlio di Giancarlo—



La guerra de Navarra. Soldado se resiste
mundo espanto al fuerte impulso.



La vida se entrecorta entre los primeros auxilios de Chertre.



El fin de la guerra de Navarra. Soldado se resiste mundo espanto al fuerte impulso.

La vida se entrecorta entre los primeros auxilios de Chertre.

E

fin
tant
se
U
habí
uno
con
núm
de
en u
da,
muñ

—

perw

F

la, p

ader

beru

su p

com

tado

habí

una

hasta

de e

tañ,

sami

La

su b

se. S

todo

guen

a él

catañ

aus

suñ

que l

—

veo

parec

deren

tieno

fin de que no lleguen a aburrirse tanto que se envenenen por cansarse de sus vidas inútiles.

Una voz avisó a Gringoire que le había llegado su turno. Tras de dar unos consejos a Esmeralda, cruzó con agilidad el pórtico y empezó su número. Esmeralda no tuvo tiempo de seguirle; antes bien, se apoyó en un árbol para no caer desmayada, pues ante ella estaba, inmóvil y mudo, Frolo.

—¿Qué hice yo? ¿Por qué me perseguís?—gimió.

Frolo se acercó hasta casi rozarla, pero más sorprendente que este ademán fué su inmovilidad al desbordarse el contenido torrente de su pasión, que la hizo estremecer como la brisa a la hoja.

—¿Qué has hecho? Has despertado en mí malas pasiones, que yo había dominado. Yo siempre deseé una existencia tranquila y la tuve hasta el momento en que te vi. Desde entonces, a pesar de mi voluntad, no puedo apartarte de mí pensamiento...

Las palabras se atropellaban en su boca y en vano intentó dominarse. Su pasión era más fuerte que todo, que el hierro, el fuego, la vergüenza y el odio; era tan superior a él mismo que ni siquiera se percataba del grotesco contraste entre sus fríos ademanes y el fuego de sus ojos. Siguió diciendo antes de que Esmeralda se recobrara:

—Me pongo a leer mis libros, y veo tu cara... todos los sonidos me parecen tu voz o el son de tu pandereta... He interrogado a mi conciencia, durante las horas profun-

das de la noche, y no he conseguido sino hundirme en mayor confusión...

—Me esperan para bailar...—dijo débilmente Esmeralda.

—No quiero que te vean bailar—gritó con la expresión de un loco.

La había cogido por el brazo y sin darse cuenta lo estrujaba entre sus dedos de acero.

—¿Me hacéis daño! ¡Mi brazo!

—No quise hacerlo...—dijo Frolo—. Vete de aquí. No puedo soportar que todos te vean bailar... te quiero para mí solo. Y si no lo consigo, yo habré acabado... y tú también.

Gringoire había concluido sus juegos de mano y sus piruetas e hizo una reverencia a los aplausos que le tributaban los nobles, sentados en las mesas, dispuestas en forma de cuadrilátero, o bien bajo los árboles, apoyados contra sus troncos.

—Y ahora, señoras y caballeros, el próximo número de nuestro programa es la prodigiosa, la maravillosa bailarina, Esmeralda.

Hizo un saludo señalando el pórtico y estalló una atronadora carcajada. En lugar de la tan alabada danzarina, apareció una cabra negra, de morro blanco y con una faja azul con estrellas rodeándole la cintura. Gringoire se rió también para ocultar su turbación y la cogió por los cuernos, sentándose en el suelo:

—Señoras y caballeros, ésta, claro está, no es Esmeralda. Esta es Aristóteles, el gran matemático, la cabra de los números. Le diré a

cada uno de ustedes cuánto dinero lleva en sus bolsillos.

La proposición tuvo gran éxito, pero no pudo averiguarse si los méritos de la cabra eran reales o fingidos, pues Esmeralda se presentó en aquel instante y pareció revolotear en torno de las mesas al interpretar su danza, mientras golpeaba su pandereta y una escondida orquesta la acompañaba.

Casi se detuvo asombrada por la coincidencia de encontrarse inesperadamente en presencia del capitán Febo. Los dos se miraron y se reconocieron y la dama, sentada junto al hermoso capitán, empezó a sentir celos.

—Febo, ¿no es esa la chica gitana?

Este no respondió. Imitando el ejemplo de otros invitados se acercó a Esmeralda y se puso a bailar con ella, sin decir una palabra. Gringoire observó el temido encuentro, temido a causa de Esmeralda, no por él, y agarró a la cabra por un cuerno.

—Bien, parece que nadie nos hace caso. Vámonos, Aristóteles.

Febo y Esmeralda bailaron en silencio, pero, al fin, el capitán se impacientó de la muda contemplación y rompió el fuego mientras disimuladamente la conducía, sin dejar de danzar, a un lugar apartado del jardín.

—¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¡Habla! Como soldado, estoy acostumbrado a que me obedezcan. Te hablo como nunca hablé a nadie en mi vida, como si nunca hubiese

tenido otra mujer en mis brazos... ¿Por qué lo hago? ¿Por qué?

Se detuvo al decir estas palabras y pasó un brazo por la cintura de la gitana, esperando de ella una respuesta, seguro ya de cuál sería, gracias a la luz que transformaba sus ojos en dos estrellas.

—Porque me amas.

Para Febo aquella era la eterna canción, pero para Esmeralda tenía la frase un significado tan hondo que la llenaba de una armonía infinita.

—¿Por qué te amo?

—¿Para siempre?

El capitán dudó. Le costaba mentir, sabiendo la volubilidad de su corazón.

—Para siempre es demasiado tiempo. Mira, yo soy un soldado y me juego constantemente la vida. Pero el amor, no es más que una parte de mi vida, aunque admito que es una parte muy agradable.

Esmeralda se quedó atónita al oír la cínica confesión del capitán. Súbitamente, en un arranque de pasión en que puso toda el alma, exclamó:

—Para mí lo es todo, es toda mi vida.

Se calló. Creyó haber escuchado el roce de unos pies sigilosos en los macizos. Se tranquilizó al no ver nada, pero el roce se repitió y desde que hablara con Frollo se le antojaba que alguien oculto la espiaba.

—¿Hay alguien aquí? ¿Qué sucede?

—No te preocupes — recomendó

ESMERALDA, LA ZINGARA

el capitán, ansioso de recomenzar el idilio.

—Febo, ahora sé por qué la Luna es tan agradable en las noches despejadas... es que espera a Febo... a Febo, el Rey del día... Dime que me quieras otra vez.

El capitán sonrió.

—Te quiero.

—¿Más que a todas las cosas de este mundo?

—No puedo decirte más que te quiero.

La faz de Esmeralda se ensombreció y se alejó de él un instante para desafiarse.

—Yo sí.

—Tú eres una mujer.

—¿Es que tu amor no puede durar?

—Quizá no.

—Vámonos de aquí. Hay alguien cerca de nosotros. Tengo miedo.

—No, quedémonos, amor mío.

Los temores de Esmeralda se vieron confirmados. Mientras el Arzobispo y los monjes no lograban detener la siniestra tocata del campanero, que amenazaba despertar a París, del rincón a donde se habían retirado Febo y Esmeralda brotó un grito de horror. Hallaron a la gitana arrodillada junto al cuerpo exánime del capitán, asesinado de una puñalada.

—Fué la gitana... Sí, sí, ahí tiene la daga. Detenedla—dijeron las voces.

Voces que llegaron a la joven como a través de una niebla, puesto que no sólo la acusaban de algo que era inocente, sino que también había averiguado, demasiado tarde, que no estaba enamorada del capitán Febo: únicamente la había deslumbrado como los rayos del astro cuyo nombre llevaba.

CAPITULO V

LA CONFESION

Por fin calló el campanero, como si presintiese el terrible mal que acechaba a la mujer que, sin temor de su fealdad, le había socorrido. El Arzobispo entró en su oratorio, con su noble semblante delatando su preocupación, y sorprendió a su hermano, observando las mortecinas luces del atardecer parisino con aire sombrío. La visita, a aquellas horas, era sorprendente.

—¡Juan!

—Claudio, te he estado buscando—dijo Frollo.

Los dos hermanos quedaron mudos durante unos instantes, sin saber qué decir. El rostro de Frollo delataba la convulsión espantosa de su alma. Fuera de la catedral la población se congregaba antes de ir a sus hogares.

—Bien, me alegro que hayas venido—dijo el prelado—. No podíamos hacer callar al campanero. Yo creo que se ha vuelto loco. ¿Dónde has estado? Te estuve esperando toda la tarde. Vamos a mi habitación. Quiero que oigas una agradable música de una joven compositora italiana. Es algo realmente maravilloso y has de oír...

Frollo obró de una manera ra-

ra, en cuanto estuvieron en la habitación del Arzobispo. Se arrodilló delante de su hermano con la cabeza inclinada.

—¿Qué te sucede?

—Seguramente no admitirás en tu habitación a un asesino.

El prelado se apoyó en una mesa y reinó el silencio cargado de presagios. Frollo no se movía esperando su contestación y el tumulto de su alma iba en aumento como el de su hermano.

—¿Qué quieres decir?

Frollo le miró directamente a los ojos. Por fin comprendía la enormidad de su crimen, el horror de su amor, pero, al mismo tiempo, dada su condición fanática y obstinada, no se culpaba a sí mismo de la muerte del capitán Febo, y toda su maldad latente, toda su ira se concentraban en la causante indirecta, en la inocente Esmeralda, encerrada ya en una mazmorra de la prisión de París mientras en su pecho rugía una tempestad de odio y de resentimiento. Creyó que había sido un mero instrumento de ella, un muñeco ante su belleza, y era algo que no podía perdonar él, señor de vida y de muer-

te, el hombre más poderoso después del Rey, igual de su hermano, aunque en un terreno distinto.

—He matado a un hombre, por amor de una mujer que me embrujó.

El Arzobispo buscó asiento en una silla cercana y le contempló atónito. Pero Frollo prosiguió hablando, haciendo la confesión de su pecado, siempre a través de la idea de que había sido un autómatas, solamente un muñeco maleable como la cera, para satisfacer los caprichos de la gitana.

—Estoy seguro de que es lazo que Satanás me tendió para que cayera. Tú eres sacerdote, siervo de Dios y has de ayudarme... ¡Habla!

El Arzobispo sacudió la cabeza ante la locura de su hermano con el corazón desgarrado, y dijo:

—“El que causa la muerte de un hombre semejante suyo también ha de sufrir él igual pena...”

Ante la cita del código humano sustentado por él durante largos años, Frollo se irguió con los ojos desorbitados y repuso:

—También se ha dicho: “Yo te prepararé un refugio a donde puedas huir...”

Los dos hermanos se estudiaron como dos contrincantes. El sacerdote, todo amor y humanidad, defendiendo los sagrados derechos de la Justicia terrena y la celestial; el noble, defendiendo su orgullo y su egoísmo, su personalidad que le había inducido a desamparar al campanero cuando la voz de la caridad

tenía que haber sonado en su interior.

—Yo no puedo amparar a un asesino.

Frollo hizo un gesto definitivo, como si la suerte hubiera sido echada:

—Entonces, ella morirá.

—¿Quién morirá?

—La gitana, que me convirtió en un asesino.

—¡Pero si ella no es culpable!

—protestó el Arzobispo.

—Lo es. Me ha hechizado y tiene que morir.

El sacerdote se levantó hasta dominar con su alta estatura a su hermano, hasta parecer que su figura llenaba toda la habitación, y la ira divina tembló en su voz:

—¿Morir por tu crimen? Esa lógica es diabólica. No puedes creer tales cosas.

—Sí. Una bruja hechizó a Bruno de Furensie; él la hizo quemar viva y se salvó. La muerte de la gitana me redimirá.

—¡Estás loco! No puedes cometer otro crimen. Yo no te protegeré.

—Cometeré cualquier crimen, con tal de librarme de ella.

Luchó el prelado consigo mismo antes de dar una solución al problema, que, según su deber de proteger al que llora, le iba a enfrentar con su hermano y abrir un abismo imborrable entre los dos. Su faz reflejaba su cansancio y el dolor, pero todos los mortales eran sus hermanos...

—Entonces mi deber es proteger a esa muchacha y no a ti.

Frollo se encogió y pareció buscar una salida por donde huir. Estaba perdido; su propia conciencia y la resolución de su hermano así lo decían, y una terrible vergüenza y el espanto de quedarse solo consigo mismo, le hicieron exclamar:

—¡Claudio! ¡Eres mi hermano!
—Yo ya no soy tu hermano.

...

Esmeralda, con Aristóteles tendida a sus pies, escuchaba, casi sin oír, el ruido del tráfico de París. Su celda era estrecha y fría y únicamente poseía dos aberturas, har- to menguadas para que cualquier ayuda del exterior fuera imposible, una que daba a la galería de la prisión y otra, una estrecha ventanilla con unos férreos barrotes en cruz, que daba a la calle y en la que de vez en cuando se detenía alguien a contemplar a la mujer que había dado muerte al popular capitán Febo.

Las horas habían pasado para Esmeralda, desde el momento en que fué puesta bajo la custodia de la Justicia, en un estado semejante al de la semivigilia. No sabía si dormía o estaba despierta, tan cruel era la realidad que la rodeaba. Sentíase espantosamente sola, abandonada; ninguno de sus amigos había ido todavía a verla y a verter en sus oídos las palabras de

ánimo que necesitaba. No le cabía ninguna duda respecto a la suerte que le esperaba... Frollo se movía en el fondo de aquella conspiración y aquello bastaba para que su muerte fuera inevitable, pues los hombres como Frollo sufren un rápido cambio en la naturaleza de sus pasiones, y su mismo amor es odio...

Un siseo la hizo levantar la cabeza en dirección de la ventanilla que daba a la calle. Se repitió el aviso.

—¿Qué es?

—Yo. Gringoire.

En efecto, era el fiel poeta, que, tumbado en la acera, mostraba su simpática cara entre los huecos de los barrotes. Esmeralda se puso en pie apresuradamente y poniéndose de puntillas, logró estrechar sus manos.

—¡Gringoire!

—¡Querida! — dijo con acento acariciador.

Sonreía con intención de serenarla, pero resultaba diáfana su preocupación.

—¿Tú no crees que yo le maté...?

—Yo sé que no lo hiciste—aseguró con convicción—. ¿Y Aristóteles? Le he traído estas hortalizas.

Hizo pasar un puñado de hojas de col y las arrojó en dirección de la cabra. Era muy de Gringoire pensar en todas las cosas y en todos los que quería. Nadie había existido más digno que él del amor, pero ya era tarde para sa-

berlo. Esmeralda, con un nudo en la garganta, respondió:

—Gracias, Gringoire.

—Tienes las manos frías. No estás asustada, ¿verdad?

La gitana estrechó las suyas con cariño y exclamó significativamente, llenando de gloria al poeta:

—Ahora no—sin embargo, mentía, pues dijo—: Gringoire, ¿por qué vendría yo a París?

Le acarició el cabello con un dedo.

—No llores, querida.

—No hago más que pensar... pensar en cómo vine a intentar ablandar el corazón del Rey con respecto a mi pueblo y cómo mi propio corazón me traicionó estúpidamente. Merezco la muerte.

Su desesperación se comunicó a Gringoire por un momento:

—No será así. Yo te sacaré de aquí.

Pero sus animosas palabras no lograron el fruto apetecido. Esmeralda sabía lo que la aguardaba y que únicamente un milagro la salvaría. Una de sus lágrimas cayó en la mano del joven.

—¿Velarás por mi pueblo cuando yo no esté?

—¡No digas esas cosas!

—Gringoire...—vaciló y se calló avergonzada.

—¿Qué, Esmeralda?

—Perdóname, aunque sea demasiado tarde.

—¿Por qué?

—Antes de que lo mataran, yo ya sabía que no me quería. He sido una tonta.

El sentido de sus palabras era di-

recto, puesto que sus ojos le miraban fijamente. Y la confesión, la tardía confesión, hinchó de una inesperada dulzura y melancolía al poeta:

—No hablemos de eso.

—¿No estás enfadado conmigo?

—No.

—Gracias, Gringoire.

El joven tensó todo su cuerpo y escuchó con todas sus potencias. Luego se arrodilló apretando las manos de Esmeralda.

—Oigo que alguien llega.

Pero Esmeralda se negaba a soltar sus manos y le suplicaba:

—¡No me dejes, no me dejes!

—He de trabajar para poder sacarte de aquí.

La anómala situación que la prisión había desencadenado en París tenía eco en todas las personas. Se avecinaban grandes acontecimientos, todos, sin saber por qué, esperaban algo. Incluso los sacerdotes de la catedral estaban inquietos y la misma tarde en que el juicio contra Esmeralda tenía lugar, dos de ellos, que se paseaban por una nave lateral, creyeron oír un cuchicheo, mejor dicho, un murmullo ronco y monótono.

—¿Qué es eso?

—He oído hablar a alguien — le corroboró su compañero—. Parece venir de allá. ¡Mira! Es el Campanero.

El jorobado, sin percatarse de que era observado, se había subido sobre el pedestal de una estatua de un santo y le hablaba al oído con pasión reconcentrada, esperando una solución a su pregunta, que re-

petía y repetía con la monotonía de la gota que horada la piedra:

—¿Cómo podremos salvarla?...
¿Cómo podremos salvarla?...

No era el único que tenía esperanza de hacerlo. Gringoire penetró de golpe en la imprenta de maese Fisher, agitando un pergamino con la mano derecha y se puso de un salto al lado del maestro, colocando el escrito bajo sus ojos.

—Esta es mi proclama. Aprisa, maese Fisher, aprisa.

—La imprimiré en seguida.

Inmediatamente sacó de debajo de la prensa el papel que estaba imprimiendo y buscó el cajón de los tipos, pero la búsqueda se le antojó dilación a Gringoire, presa de un entusiasmo y de un nerviosismo que no le dejaban estar quieto:

—Al pueblo de París...

—No tan de prisa. He de preparar los tipos.

—¿Cuándo podremos tener las primeras cien copias?

—Mañana. Pero, ¿quién las va a repartir?

—¿Todos!... Además, los mendigos de la Corte de los Milagros nos ayudarán a esto.

El impresor había concluido sus manipulaciones y tenía todos sus utensilios preparados a entrar en acción. Sus oficiales se aproximaron para escuchar la proclama, que por ser de Gringoire debía ser incendiaria.

—Vamos a ver.—dijo Fisher.

—¡Parísinos! Una bella muchacha a quien habéis admirado bailando graciosamente en vuestra plaza, ha sido injustamente acusada de asesinato...

No pudo seguir. La puerta se abrió de par en par y un tropel de soldados se apoderó de la habitación y los vigiló. A continuación entró un magistrado, con menes precipitación, y, enseñando un papel al impresor, ordenó al oficial:

—Por orden de su Excelencia, el Justicia Mayor, destruid este diabólico aparato.

Los soldados empezaron su destructora tarea con tanta energía que hacia innegable el gusto que ponían en derribar los cajones de tipos, hacer saltar la prensa de madera, en echar al suelo las mesas y romper los papeles. Nadie dijo una palabra ni protestó hasta que la ruina de Fisher se hubo consumado. Entonces, Gringoire levantó la cabeza con gallardía y desafió con los ojos al magistrado:

—Podréis destruir la forma, pero no destruiréis el espíritu.

Al magistrado le tuvo sin cuidado la profética salida del poeta. Sólo recibía órdenes y las cumplía; además, no podía adivinar que el poder de los señores feudales estaba llamado a desaparecer para siempre.

CAPITULO VI

PENA DE MUERTE

La sala, en donde el Justicia Mayor administraba la ley real, era inmensa y a pesar de ello estaba atestada de gente, contenida por una barrera y por una fila de soldados.

El Justicia Mayor, revestido de las insignias de su cargo, estaba colocado en la parte superior de una tribuna, sentado en un enorme sillón, sobre el cual se destacaban las armas de Francia y la espada de la Justicia. Su cara era impenetrable y no demostraba el odio de que estaba animado, odio que le había hecho llevar hasta la farsa su poder.

En una tribuna inferior estaban sus consejeros y juriconsultos, todos nobles e interesados en igual empeño que Frollo. Los negros gorros, ribeteados de armiño, y las hopalandas del mismo color, amén de sus facciones severas y altivas, relataban su decisión y su apego a su superior.

Los escribanos y los alguaciles estaban aparte, sentados a unas mesitas llenas de legajos. Había una puerta detrás de Frollo que conducía a sus aposentos y a las salas únicamente visitadas por sus iguales y por el Rey. Y dos puertas más, una de entrada a la sala y otra

perteneciente a la habitación en que se daba tormento a los acusados y en donde se anotaba su inevitable confesión.

Esmeralda estaba sentada en una silla colocada en un amplio espacio libre, entre el estrado y el populacho, con la cabeza inclinada y el pelo derramado sobre los hombros y suelto sobre su frente, de manera que era imposible observar su rostro y únicamente delataba su espanto el temblor que, de vez en cuando, recorría sus miembros. Estaba sola, aislada, inerte, sin vigilancia y sin poder mover las manos, atadas a su espalda, onerosecedora imagen del abatimiento y de la renunciación.

En el banco de los testigos estaban, muy serenos en apariencia, pero conmovidos interiormente, el rey y la reina de los mendigos, un monje de rostro apacible y algunas personas más de baja ralea. Un espacio libre del banco pertenecía a Gringoire, que aquel momento estaba declarando, más bien dirigiendo una arenga al populacho congregado e inmovilizado por la barrera.

—Ya oís—decía—. Hoy es una inocente muchacha gitana, mañana

pueden ser vuestros hermanos, vuestros hijos, vosotros mismos... ¡Parisiños, acudamos al Rey!

El llamamiento empezó a surtir efecto entre los espectadores, que se precipitaron contra los soldados, poniendo en peligro a la barrera. Durante un momento reinó un verdadero alboroto en la sala de la justicia y los soldados y el alguacil tuvieron que esforzarse y emplear medios contundentes para restablecer la normalidad. Poco a poco se calmó la excitación y pudo oírse la voz de Frollo que exclamó secamente:

—Esto no es una plaza pública. Si no tenéis en cuenta la dignidad de este Tribunal, os encarcelaré también.

Resurgieron las protestas, atenuadas esta vez, y el mazo del alguacil golpeó con energía la mesa, mientras un soldado hacía aproximarse al estrado al poeta.

—¡Silencio! ¡Silencio! ¡Silencio en la sala!

Gringoire clavó sus ojos en las marmóreas facciones de Frollo. Esmeralda estaba perdida y él mismo no estaba muy lejos de serlo, pues leía en Frollo un odio terrible e inextinguible para cuanto se opusiera a la realización de su venganza. La mirada duró un segundo, pero hubo en ella siglos de animosidad y de decisión. Sin saber por qué el corazón de Gringoire aceleró sus latidos.

—Enseñadme las pruebas—ordenó el Justicia Mayor.

El alguacil cogió una daga de so-

bre la mesa y la mostró al joven. Era la daga de Esmeralda.

—Testigo, ¿pertenece esta daga a esa chica gitana?—interrogó implacable el Justicia Mayor.

—Sí—se desalentó Gringoire.

Una nota triunfal sonó en la voz del asesino. Esmeralda humilló más aun la cabecera, al notar que se dirigía a los nobles situados en el escano inferior.

—Esta es la daga con que asesinó al capitán Febo.

La farsa había ido ya muy adelante para Gringoire, no sólo porque condenaba implícitamente a su amiga, sino también porque atentaba a todas luces contra el sentido común de todo el mundo. E inevitablemente, opuso:

—¿Cómo iba Esmeralda a poder matar a un hombre mucho más fuerte que ella?

La lógica del poeta hizo reír hasta a los soldados. Se alborotó de nuevo la sala y repetidos mazazos tardaron en imponer el orden. Gringoire prosiguió:

—Bien claro está que ella sólo quería defenderse del verdadero asesino. Sabéis que es inocente. Esos testigos lo prueban.

El reto era demasiado patente para que Frollo no lo acusase. Se le hincharon las venas de las sienes.

—¡Sentaos!

Gringoire se reunió con Clopin y con la reina, que le miraron con compasión, pero seguros de no poder hacer nada. Frollo pasaba por alto todas las más elementales reglas de la justicia y el pueblo protestó repetidas veces, sin otro re-

sultado que el de ser calmado a puras golpes.

Se abrió la puerta de la sala de los acusados y salió el verdugo junto con sus ayudantes. En sus manos transportaban el pesado instrumento de tortura que iban a aplicar a Esmeralda en el caso de que reincidiese en asegurar que era inocente. Ni el borcegui de madera, terrible tormento que destrozaba las piernas de los martirizados, ni la explicación de su uso, indujeron a la gitana a aceptar la acusación.

Levantó la cabeza y con voz enfiada por las lágrimas y, sin embargo, clara como la pureza que iluminaba sus ojos, afirmó:

—Soy inocente.

La simpatía del pueblo fué evidente. No obstante, después de consultar a Frollo y obtener su permiso, el Procurador se levantó de su asiento y consultando un papel, anunció:

—Excelencia, en vista de tales negativas, no nos queda otro recurso que apelar al tormento.

El Justicia Mayor se incorporó y todos remedaron su gesto. Frollo pareció estar perplejo durante unos momentos, pero se decidió por último:

—Bien, suspenderemos entre tanto este suceso.

Saludó a la sala con una inclinación de cabeza y se retiró de ella, saliendo por la puerta colocada detrás de su sitial.

El público contempló la salida de Esmeralda y de los oficiales de la justicia y de los nobles y procuradores en silencio. Mas, en

cuanto estuvieron libres para hablar en voz alta, en seguida comentaron los incidentes del proceso.

—¿Qué te parece?—dijo una voz.

—Es tan inocente como yo—aseguró una matrona.

—Confesará con el tormento.

—Todos confiesan.

—No me gustaría que la ahorcaran—afirmó un hombre.

—No creo que la ahorquen—repuso el primero que había hablado.

Gringoire se estremecía como atacado por la fiebre al oír la conversación. El estaba seguro de que la condena de Esmeralda sería capital y que nadie, sino el Rey, podría salvarla.

Precisamente el monarca comparció en la sala a tiempo para oír pronunciar la sentencia. Uno de los oficiales de la sala anunció su llegada a Frollo, pero éste, sumido en sus tenebrosos pensamientos, no dió importancia a la presencia real. Bastante tenía que luchar contra el demonio que llevaba en sí.

Un noble se empeñó en que el rey Luis XI ocupara el lugar de Frollo, pero su sugerencia fué rechazada de plano.

—No, no, no. Nos quedaremos aquí mismo.

Indicó la parte inferior del tribunal, en donde quedaba oculto por las miradas de todos por el estrado, y se hizo llevar un taburete sobre el que se sentó sin más dilaciones. Sus labios formaban una línea agresiva.

—No me gusta presenciar los juicios, pero el Arzobispo ha in-

sistido tanto en que viniese y ha hablado tanto en favor de esa muchacha...

—La presencia de Su Majestad en esta sala ha de satisfacer a Su Excelencia.

El Rey apartó al adulator con impaciencia, y escuchó el silencio que reinaba en la sala al regresar Frollo y al mismo tiempo Esmeralda. El Justicia Mayor tomó asiento y dió orden de reanudar el proceso.

El Procurador encargado de interrogar a la gitana se adelantó hasta el pie del estrado e hizo un profundo saludo.

—Excelencia, la prisionera lo ha confesado todo.

El silencio pesó como una losa de plomo en toda la sala y todos observaron que la prisionera se había caído hacia adelante y permanecía inmóvil.

—Señor Procurador, estamos dispuestos a oír vuestro informe —respondió Frollo.

La lectura del mencionado informe fué hecha en latín y la mayoría de los espectadores no entendieron una palabra. Clopin se dirigió hacia Gringoire para que le aclarase el significado de aquella lectura, pero retiró su mano. Gringoire, quizás el único que comprendía el latín de todas las personas presentes, había palidecido y tenía la frente húmeda de sudor. Interrogó, pues, a un hombre inclinado sobre él:

—¿Qué dice?

—Está pidiendo para ella la pena de muerte.

Concluyó el Procurador de infor-

mar y se retiró con una reverencia. Frollo se dirigió a los nobles:

—¡Ahora procederemos a la votación!

Luis XI se levantó de su asiento y apareció en el centro de la sala, ordenando:

—¡Esperad!

Incluso Esmeralda levantó la cabeza al oír la voz del Rey. Este, sin reparar en el asombro que producía su presencia en los nobles, ni la excitación que despertaba en el pueblo, se inclinó y tocó una gota de sangre caída a los pies de la acusada.

—¿Confesaste bajo la tortura?—dijo cariñosamente.

—Sí... pero soy inocente.

Suspiró Luis XI y tuvo que dominarse para no acariciar su cabeza. Luego replicó en voz alta, apagando la lucetilla de esperanza que lucía en los ojos de la gitana:

—La prueba ha resultado en contra tuya. Lo siento.

Y sin decir una palabra más se retiró de la sala.

Casi coincidió la marcha del monarca y el inicio de la sentencia proferida por Frollo, con la vacuidad de las puertas de la sala. Se oyeron los gritos de una disputa y las puertas fueron abiertas por una mano poseedora de la fuerza de un gigante. Una persona apartó a las personas que impedían su paso hacia la barra como si fueran pajas, no advirtiéndole a los cinco soldados que intentaban contenerla.

¡Era el Campanero!

Se agarró vigorosamente a la barra y clavó sus ojos en el rostro

de Frolo. Eato, interrumpido en su labor, se quedó mudo, hechizado por la presencia del contrahecho, que anunciaba la muerte de su fidelidad, el nacimiento de un enemigo más. Bufó el Campanero antes de ser arrastrado hacia fuera y envió un nuevo bufido en dirección de Esmeralda.

Frolo carraspeó para disimular su turbación y siguió hablando:

—Pues bien, en el día que plaz-

ca a Su Majestad, serás conducida descalza a Nuestro Señora y te arrodillarás en las gradas para hacer penitencia pública. Después serás ahorcada, juntamente con la cabra que es tu cómplice. ¡Dios tenga piedad de tu alma!

Los soldados se llevaron al calabozo a Esmeralda y la gente abandonó la sala. ¡Frolo había vencido!

CAPITULO VII

UN EXTRAÑO SALVADOR

El Campanero contempló la inmensa plaza, tan pequeña desde la altura del campanario, y la gente que emperaba a congregarse para asistir al ajusticiamiento de Esmeralda. Se había olvidado de todo y las campanas no habían sonado por la mañana.

La gente era minúscula desde allá arriba, desde donde la veía llegar riendo y hablando tranquilamente como si su alma no estuviera a punto de morir de angustia. Habían ocurrido muchas cosas de un tiempo a aquella parte: había rapado a una mujer, había sido azotado, le había traicionado el hombre a quien consideraba como un

dios, y la maldad de éste alcanzaba, incluso, a condenar a una pobre muchacha que tuvo el valor de darle de beber agua, ¡a él, al horroroso jorobado, que la había hecho daño y del que toda la gente huía como de una bestia feroz!

Abajo, apoyado en la horca, un hombre trenzaba el nudo corredizo silbando y canturreando, sin pensar en nada. Pasó la cuerda por la horca y comprobó que se deslizaba perfectamente por la polea. Y luego, esperó.

El Campanero fué el primero en divisar en su atalaya la fúnebre comitiva y los soldados que escoltaban el carro de la muerte. Esme-

ralda iba vestida con una camisa que le llegaba hasta los pies y el cabello suelto; su bellera era cegadora y hasta el más endurecido bajaba apenado la cabeza.

El Campanero saltó de un lado para otro, golpeándose las manos, sin saber qué hacer; sin embargo, estaba preparado a entrar en acción y salvar a la hermosa gitana, no por agradecimiento, sino por otro sentimiento: el amor, que se había ido a sumar al odio, a la rabia y al deseo de venganza que su simple espíritu había experimentado desde hacía unos días.

Y antes que llegara el carro a la plaza, ya se descolgó con la agilidad de un mono, en dirección de una parte de la catedral que estaba en construcción, más cercana al patíbulo, empleando para ello las gárgolas, los aleros y las cornisas que hacían de la catedral una verdadera joya de orfebrería.

La carreta rodó por la plaza, y en esto un hombre, Gringoire, brotó de la multitud y se lanzó como poseído hacia ella, subiéndose en el borde. Cogió a la condenada por la cintura y apretó su cara contra su pecho.

—¡Esmeralda! ¡Esmeralda!

—¡Gringoire!

—¡Esmeralda!—repitió.

El azar quería que a última hora él, que debiera mostrarse más fuerte y valeroso, se declarase vencido siempre. Esmeralda le acarició la frente e intentó consolarle. Tardo era, demasiado tarde, para relatarle el maravilloso amor que había nacido en ella, que reducía a la nada

al experimentado por Febo; era tarde, porque sólo serviría para abismarle más en su dolor.

—Tú fuiste bueno para mí... —comenzó a decir.

Una mano brutal arrancó de su lado a Gringoire. El poeta se mezcló entre la muchedumbre llorando como un chiquillo hasta que Clopin lo encontró.

El Campanero seguía bajando por la fachada de la catedral sin que nadie le sorprendiera. Aumentó la rapidez de su descenso, ya que hacían saltar de la carreta a Esmeralda. Llegó a la parte más peligrosa y adosó su contrahecha espalda contra la pared, andando de lado... Todavía le faltaba más de la mitad. Una esquina, cuajada de molduras y salientes, se le ofreció y con un suspiro de alivio prosiguió su camino.

Al pisar Esmeralda la plaza, la gente y los soldados abrieron respetuosamente un círculo amplio. En la escalinata estaba el Arzobispo, revestido de sus insignias y detrás suyo los monjes y los monaguillos cantaban la misa de los difuntos. Los pies desnudos de la gitana pisaron los escalones y se arrodilló frente al sacerdote. Este la bendijo y esperó su confesión.

La voz de Esmeralda llegó claramente a todos los confines de la plaza.

—Me arrodillo ante vos inocente de todo crimen.

—Te creo.

El Justicia Mayor, que había escoltado también a la gitana, descalbó rápidamente y subió los es-

calones con los ojos relampagueantes de ira. El Arzobispo le miró sin temor y procuró que su voz fuera percibida por todos:

—No puedo consentir que esta joven haga penitencia pública en lugar sagrado, porque no es culpable.

—Entonces, la ahorcaré sin que haga penitencia.

—¡No te atreverás!

—¡Es una bruja y ha de morir! ¡Llévala de aquí!

Inmediatamente, desafiando el poder de la Iglesia, los soldados acudieron y le obedecieron, conduciendo a la condenada hacia la horca. Con aquel acto de demencia, no sólo Frollo se había malquistado con la Iglesia y sus representantes, sino que había ahondado la sima entre ambos. Únicamente el recuerdo de que llevaba su misma sangre y de que hay un Retribuidor en la otra vida, impidieron al Arzobispo proclamar el nombre del culpable.

El jorobado pisó los andamios y sintiéndose impotente vió cómo el verdugo pasaba la soga por el cuello de Esmeralda. Descubrió una gruesa cuerda sujeta de la parte superior de la construcción y por su astuto cerebro pasó una idea de la que podía sacar un gran partido.

Y cuando toda la plaza estaba silenciosa y el verdugo esperaba la orden, un cuerpo corpulento se despegó de los andamios y, suspendido de una cuerda, trazó una graciosa curva y cruzó el espacio. Derribó al suelo de un certero golpe al verdugo y, en un abrir y cerrar de ojos,

separó a la condenada del instrumento de muerte. Pasó un brazo por su cintura y con un vigoroso impulso de piernas regresó a su punto de partida, llevando su preciosa carga.

Desde los andamios gritó, dominando los aullidos de la gente:

—¡Santuario! ¡Santuario! ¡Santuario!

Todos comprendieron el fin del Campanero, que no era raptarla como en otra ocasión, y le vitorearon. Gringoire se rió con histéricas carcajadas y bendijo al contrahecho. Los soldados permanecieron clavados en sus puestos, ya que era inútil perseguirle desde el momento en que se escudaba en un derecho divino.

—A Dios gracias la salvará el derecho de asilo—agradeció una dama.

El noble que estaba cerca de ella se volvió como si le hubiera picado una serpiente:

—No, no. Ha matado a uno de nosotros y debe morir por ello. Recurriremos ante el Rey y le obligaremos a que anule ese derecho de asilo.

Mientras la gente regresaba a sus ocupaciones habituales, el Arzobispo discutía con Gringoire al lado de la escalerilla del campanario, intentando hacerle entender que Esmeralda no corría ningún peligro, pero el joven se obstinaba temiendo por ella, aunque en realidad fuera su corazón el que le guiaba hacia su lado.

—¡Pero si es mi mujer! ¡Quiero verla!

—Ahora no—le seronó el sacerdote—. Créeme, aquí está a salvo.

—Pero el Campanero...

—No le hará daño alguno — le prometió su interlocutor.

—Ya intentó hacérselo.

—No fué culpa suya—aseguró el Arzobispo con convencimiento—. Créeme, ahora está bien segura.

El prelado casi sentía la misma alegría que Gringoire. La salvación de Esmeralda, por medio del contrabando, era una prueba más de que Dios no abandona nunca a los inocentes.

La gitana estudió las idas y venidas del Campanero con recelo y por fin pudo respirar de alivio al ver que se marchaba. Verdad era que la había salvado y llevado al lugar más seguro de París, pero la memoria de su hazaña anterior y su tremenda fealdad no contribuían ciertamente a tranquilizarla. Estaba, por decirlo así, en su poder. Nadie había ido a buscarla ni a tranquilizarla.

Cuando regresó el jorobado, retrocedió hacia una viga temblando. Pero su salvador depositó un cestito con comida junto a ella y ocultó su cara, mientras le decía:

—Come, come... yo me iré... para que no veas mi cara tan horrible mientras estás comiendo...

Su ronca voz tenía un dejo de melancolía que borró todas las aprensiones de Esmeralda y sintió lástima del monstruo que se apartaba de ella para no ofenderla.

—¿Ven acá!

Pero el Campanero siguió su camino y entró en la parte en que

estaban las campanas de mayor tamaño. Corrió tras él y le tocó un hombro. Una luminosa sonrisa encendió los ojos del jorobado al comprender que ella no deseaba que se marchara.

—¿Me has llamado?

Meneó Esmeralda la cabeza afirmativamente y volvió hacia el cestito de la comida, mirándole con curiosidad. El jorobado saltó un hueco con tremenda agilidad y se sentó, con los pies colgando en el vacío.

—¿Quizá pensaste que ya no había más defectos en mí? Pero... pero... también soy sordo—se cogió la cabeza entre las manos—. ¡Es horrible! Hasta hoy no me di cuenta de lo feo que soy... porque tú eres tan hermosa. Yo no soy hombre, ni soy animal. Soy algo tan especial, como un hombre en la luna.

Se calló. La noche cerraba sobre París: pronto el crepúsculo cesaría de iluminar con sus rojizos rayos. El jorobado balanceó la cabeza como hacen las fieras enjauladas al vigilar a los hambres en libertad. Después, insistió, como si pasara sobre él el silencio de todos los años que había permanecido solitario:

—Soy sordo, ¿sabes? Pero... pero puedes hablarme por señas.

Había algo lastimoso e infantil en su insistencia. Acaso el deseo de que ella se acostumbrase, a fuerza de repetir las mismas palabras y de pedir perdón, a tenerle en su presencia.

Esmeralda le señaló luego su in-

dice, indicó a sí misma y, por último, a la torre:

—¿Por qué me salvaste?

La comprendió al instante:

—Me preguntas por qué te salvé—se tapó su boca torcida y añadió con dificultad—: ¡Oh! Yo intenté raptarte... y al día siguiente me diste agua y me tuviste compasión.

Para ocultar, sin duda, la turbación que le sobrecogía, la hizo señas de que se incorporase y la guió a través del caos de vigas y de cuerdas del campanario. Sin darse cuenta, Esmeralda miró la plaza bajo los rayos del poniente. El se la acercó con alarma:

—Oye, no debes salir de la iglesia o te ahorcarán... Y eso me mataría a mí si...

No acabó su frase, pero fué lo bastante elocuente para expresar su preocupación. Esmeralda sospechó que su belleza tenía un admirador más, pero rechazó inmediatamente el pensamiento.

—Aquí se está bien. Está alto, tan alto..., mira, mira la gente qué pequeña allá abajo.

Corrió hacia las campanas y las golpeó con los nudillos haciéndolas vibrar:

—Y mira... ¡Baby! ¡Joaquín! ¡Gabriela! ¡Juan! ¡Gran María!... Esta, ésta me dejó sordo, ¿sabes?... Sí. A mis amigas sí las oigo.

Las acarició y las habló en voz baja como si fueran seres vivos. Las hacía resonar dulcemente, co-

rriendo de un lado para otro, presa de una rara clase de demencia. Esmeralda le dejaba hacer sorprendida y al borde del abismo sobre el que estaban montadas las campanas.

De un salto el jorobado salvó la distancia que había puesto entre ambos en su frenética correría y alzó ingenuamente su cara, permitiéndole suponer que la estaba sonriendo, mientras le hacía los honores de su nueva morada.

—¿Quieres que toque para tí?

Esmeralda no tuvo la oportunidad de hacer una seña afirmativa. El Campanero se subió súbitamente en una campana y la lanzó al espacio; aprovechando el movimiento de vaivén, regresó a terreno firme y empujó con las manos y con los pies a las inmensas moles de metal como si se trataran de cascabeles. Las campanas aumentaban sus tañido, sonaban, resonaban y cada vez eran más vigorosos los empujones del jorobado, el cual, finalmente y lanzando estruendosas carcajadas, se tumbó en el suelo, se deslizó sobre una viga y siguió la tocata con los pies.

Los tímpanos de Esmeralda parecían estar a punto de estallar. Le gritó que se detuviese, pero en vano. Su voz se perdió entre los tañidos y además el jorobado, como bien había repetido, era sordo. Y el martirio aumentó hasta que, desesperada, se tapó los oídos con ambas manos y sollozó.

CAPITULO VIII

EL DERECHO DE ASILO

Los resultados del acto del Campanero no se hicieron esperar. Tal como había asegurado el noble en la plaza, la nobleza no estaba dispuesta a tolerar nada que tendiera a cortar su poderío. E, inmediatamente, la misma noche en que había acontecido el inaudito atentado y poco después de la tocata dada en honor de Esmeralda, los principales señores de París y de Francia se reunieron en un palacio para discutir las medidas destinadas a atajar la osadía del populacho y la bondad del Rey.

Fruto, pues, de la deliberación fué un manifiesto en que la nobleza pedía, en términos parangonables a una exigencia, la derogación del derecho de asilo y el inmediato castigo de la culpable. El rey no dudaría sobre el partido a adoptar en cuanto viera los nombres de los firmantes.

—Me enorgullezco en ser el primero en firmar—dijo un anciano—. Ahora firmáis vos.

Su vecino de mesa aceptó la pluma y rasgó durante unos segundos.

—Nunca pude pensar tal cosa. Un forobado imbécil que arrebató una

presa de entre las manos de la ley.

El papel fué pasando de mano en mano y todos los nobles hacían su comentario.

—Esto no se puede tolerar, ni tampoco que la Iglesia se interponga u obstaculice los castigos decretados por nuestros tribunales.

—Cuando lea el Rey este documento y vea los nombres de los que firman, suprimirá de una vez para siempre ese derecho de asilo de la Iglesia.

—¡Conde Frolo!... ¡Vuestra firma!

—Vuestro nombre obligará al Rey a decidir en nuestro favor.

El Justicia Mayor cogió la pluma y trazó su nombre. Regresó luego silencioso a su puesto. No dudaba en rebelarse contra la tradición, ni contra su Rey, ni en traicionar a los nobles que le rodeaban, monigotes en sus manos, cual él había creído serlo entre las de la gitana, para pedir el castigo, no de la afrentadora de su clase, puesto que era inocente; sino de la mujer que se había resistido a su voluntad.

El presidente de la camarilla seccó el manifiesto y lo plegó cuida-

ESMERALDA. LA ZINGARA

dosamente lacrándolo a renglón seguido.

—Hay que ahorcar a esa gitana. Esta resolución decidirá su suerte.

Otro día desaparecía de la vida de Esmeralda. Situada en el gran ventanal del campanario, ya vestida con la ropa que Gringoire le había enviado, miraba soñadoramente a las gentes que atravesaban la plaza disfrutando de la libertad. Fuese la melancolía habitual del crepúsculo, fuese que la soledad en que estaba recluida hacía mella en ella, la cuestión era que un sombrío presentimiento la atenazaba.

Y no sólo era aquello, sino que al verse alejada de Gringoire la deslumbraba su amor, sentía nostalgia de su presencia, de su voz, de su risa... Y aceptaba su amor, aquel don de su alma, con vergüenza, asustada por el pensamiento de que quizás no lo merecía.

El Campanero llegó a ella y la saludó, ofreciéndole una jaula, en cuyo interior revoloteaba un pajarillo. Le satisfizo la acogida que obtuvo su regalo y observó admirado cómo los dulces labios de Esmeralda se fruncían al silbar al animalito.

Se tapó la parte desfigurada de

su boca y de su ojo con las dos manos y se agitó nerviosamente:

—Quisiera decirte una cosa... dudó—, pero...

Huyó antes de explicar cuál era su anhelo. Esmeralda apenas le había prestado atención. Apoyando sus brazos en la barandilla, dobló la cabeza y rompió a llorar.

—¿Qué te ocurre, hija mía?

Era uno de los monjes que de vez en cuando enviaba el Arzobispo para consolarla. Sin secarse sus lágrimas y sin responder directamente, la joven contempló de nuevo a París y suspiró:

—¡Gringoire!

La noticia de que los nobles se proponían impugnar el derecho de asilo fué conocida en la Corte de los Milagros casi al mismo tiempo de firmar los nobles su manifiesto. Sin perder un segundo ni detenerse a más averiguaciones, tanta era la confianza que Clopin y Gringoire tenían depositada en el misterioso informador, se aprestaron a morir antes que permitir que les arrebataran a Esmeralda.

El rey de los mendigos agrupó a sus huérfanos en un santiamén, los armó con cualquier instrumento susceptible de alcanzar contundencia y corrió en busca de su amigo el poeta. Halló a éste sentado ante

un barril, que le servía de mesa, con unos papeles emborronados delante y la pluma en el aire, como para atrapar alguna escurridiza idea.

—¡Gringoire, Gringoire! Ya tengo a todos mis hombres dispuestos a luchar por Esmeralda. Mira, un arma nueva—le mostró un arcabuz.—Esto la salvará. Con esto esos hombres no conseguirán arrancarla de la catedral.

—No me moletes ahora. Quiero terminar este llamamiento al Rey, al pueblo... Me espera el impresor.

Clopin chasquéó la lengua contrariado y se agitó con energía ante el poeta.

—Está bien, pero mi solución es la mejor. ¡La fuerza!

La arrogancia y el valor de Clopin no consiguieron levantar la cabeza de Gringoire, inclinada sobre su escrito.

—No creo en la fuerza—replicó, sin dejar de escribir.

—Amigo, eres un soñador, un jugador, un poeta. ¿Qué deseas, demostrar tu opinión o salvar a Esmeralda?

Se detuvo muy excitado y no menos excitado siguió escribiendo su amigo. Clopin dió una patada al suelo y golpeó el barril con el arcabuz. La reina, temiendo que si entraban en dínes y directes sobre procedimientos el tiempo volaría, intervino con acritud:

—Dejad de discutir como abogados y procurad hacer algo.

Clopin aplaudió la idea de su desgredada consorte y de una zancada marchó a ponerse a la cabeza

de su ejército, mas Gringoire le atajó el avance. Ya había terminado el llamamiento.

—¡Espera!

—¿Esperar?—gritó el rey de los mendigos—. ¿Hasta que cuelguen a Esmeralda? Gringoire, mi ejército de mendigos y de ladrones va a emprender la marcha.

—No, no, Clopin, debes esperar.

—¿Para qué?

—Espera el efecto que hará mi proclama sobre toda la población de Francia.

—Te olvidas del poder de Frolo.

El poeta se echó a reír despectivamente y cerró las mandíbulas con fuerza:

—Es que también la leerá el Rey.

—Pero Frolo puede anticiparse, como hizo con la prensa de imprimir y puede actuar antes de que el Rey decida... ¡Marchemos!

Sus hombres enarbolaron sus armas, hoces, cuchillos, espadas, barras de hierro, algún que otro arcabuz y le siguieron, y su paso, su marcha hacia la catedral se destacaba en la noche como una oleada oscura e inmensa avanzando poderosamente a romper el dique que la ha contenido durante mucho tiempo.

Gringoire sabía que era inútil tratar de detener a Clopin y a sus hombres. Les dejó, pues, obrar a su gusto y lanzando una última ojeada a su escrito, corrió hacia el interior de París, asimismo, pero en una dirección diferente. También él sabía jugarse el todo por el todo cuando el caso llegaba.

El Justicia Mayor tuvo que acudir en busca de consejo al Rey, dando el caso peliagudo que le acechaba por todos los lados. El Rey le recibió y le escuchó sin interrumpirle y aceptó en silencio el llamamiento de Gringoire. Un leve vestigio de sorpresa pasó por su rostro al ver que el escrito estaba impreso. Las últimas noticias que tenía eran las de la destrucción de la imprenta.

—¿Y dices que esta proclama se está repartiendo por todo París?

—Por todo París, señor—afirmó Frollo, sin moverse de su sitio.

—Esmeralda ha despertado la simpatía de todos—rióse el anciano monarca.

El efecto que esta risa produjo en el Justicia Mayor fué espantoso, pero supo dominarse y reprochó:

—Este es el resultado de la imprenta. Si la hubiésemos destruido antes...

El Rey le impidió seguir hablando. No le gustaba oír lamentarse a nadie y menos de una cosa en la que tenía toda confianza. Le devolvió, por consiguiente, la proclama.

—Anda, lee, lee.

De mala gana Frollo le obedeció con voz seca.

—"El pueblo tiene fe en su Rey y está seguro de que al saber que Esmeralda es inocente, que no pudo cometer el crimen de que se la acusa, el Rey se negará, sin duda alguna, a atender a las demandas de los que ahora le piden que se suprima el derecho de asilo."

La aguda mirada de Luis XI intentó escrutar el alma de aquel

hombre sombrío, pero tuvo que desistirse. El rostro de Frollo seguía siendo impenetrable.

—¿Qué opinas, Frollo?

Gritos y el tumulto de un gentío subieron hasta la sala en que el Rey estaba. Se levantó de su sillón con la agilidad de una lagartija y miró a través de los cristales emplomados. Una enorme muchedumbre de burgueses, estudiantes y obreros, entre los que también se distinguían algunas mujeres, vocaba ante el palacio, contenida por su verja.

—¿Qué es eso?—preguntó el Rey—¿Por qué se reúnen ahí fuera?

Frollo no contestó y de ello se encargó Olivier, entrando apresuradamente en la estancia. El Rey dijo con energía:

—Olivier, ¿qué ocurre?

—Señor, el pueblo teme que induzcan a Vuestra Majestad a anular el derecho de asilo y quiere asegurarse de que no accederéis a ello.

Por primera vez en su servicio el Justicia Mayor recibió un apóstrofo acusador del Rey, que había adivinado al causante del malestar. Se paró delante de él, levantando su cabeza, tocada con su negro gorro cuajado de figurillas de plomo.

—¿Qué significa todo esto?—gritó furioso.

—Esta proclama, señor—respondió el conde, alargándole el papel.

Tomóle entre los dedos el Rey y lo enrolló pensativo. Impensadamente sonó su cascada risa senil, que le prestaba la apariencia de un zorro divirtiéndose en un corral

lleno de apetitosas gallinas. Por fin se sentó y jadeó después de su ataque de hilaridad:

—¡Ah, ya, ya! Este poeta es más listo de lo que yo suponía. Es nuevo modo de dirigirse al pueblo, utilizando la imprenta; está creando una opinión pública que hemos de tener en cuenta, si lleva razón...

La risa de Luis XI siempre era peligrosa, pues era muy arduo adivinar cuáles eran las causas y los pensamientos que la habían producido. Frollo temió por su venganza. El Rey estuvo quieto unos momentos antes de repetir:

—Es impertinente, pero me agrada. Es diferente.

Frollo dió un paso en falso al oponerle con austeridad:

—La opinión pública es peligrosa.

—¿Peligrosa para quién? — dijo el Rey, con la suavidad de un puñal enfundado en terciopelo.

El giro de los acontecimientos no presagiaba nada bueno para Frollo, pero otra vez la suerte vino en su ayuda. Olivier abrió de nuevo la puerta y se acercó al Rey, inclinándose:

—Majestad, ha llegado el Arzobispo.

—Hazle pasar.

Desde la misma puerta, antes de inclinarse y de comprobar quiénes estaban en la sala, el prelado anunció la causa de su inesperada visita:

—Señor, el derecho de asilo está amenazado.

Percatóse entonces de que su hermano le oía y que, por consi-

guiente, el monarca estaba enterado de todo. Desvió la dirección de sus ojos y cogió el papel que Luis le tendió.

—¿Habéis leído esto?

Una escueta mirada bastó al prelado.

—Lo lei, señor. Ha levantado a todo el pueblo.

El Rey dió muestras de un júbilo inmenso. El pueblo iba en su ayuda para dominar a la nobleza arrogante y levantisca contra la que había combatido toda su existencia. Fué hasta la ventana y le animó:

—¡Bien por mi pueblo! ¡Adelante, adelante! Toma con ardor la defensa de una muchacha, porque la cocré inocente, y no duda en combatir, en tomar las armas por ella...

¡Bien, bien!

Se frotó las manos con deleite, produciendo un ruido seco, semejante al roce de un papel áspero contra otro. El prelado tartamudeó:

—Pero, señor, la catedral... Nuestra Señora... ¡La van a destruir!

—¿Qué queréis decir?

El tono del Rey había cambiado perceptiblemente, trocándose en amenazador.

—Vienen millares de mendigos... temen que no esté muy segura en la iglesia la muchacha gitana.

—Eso no he de tolerarlo! — gritó el Rey—. ¡Vos tenéis la culpa de todo!

El Arzobispo contempló asombrado su índice acusador.

—¿Yo, señor? — murmuró.

—Sí. Si no hubierais intervenido en esta cuestión, todo se hubiera

arreglado. Se hubiera ahorcado a la chica y nada más...

—Pero, señor, si es inocente...

Después de pronunciar estas palabras el Arzobispo se mordió los labios. Según la personalidad del Rey y la moral religiosa, sus palabras, por su virtud y el cargo religioso que tenía, casi constituían una acusación, o mejor, una delación.

—Pues la prueba fué contra ella.

—Y sin embargo, fué inocente— repitió.

Había llegado el instante en que tenía que brillar la verdad en todo su esplendor. Ya no era una, sino muchas vidas, y más, la catedral más hermosa de Francia lo que dependía del esclarecimiento del tenebroso asunto.

El Rey sorprendió la mirada, casi de desafío, que los dos hermanos cambiaron y, además, que Frollo bajaba la cabeza. Y barruntó que el misterio del proceso, como quería el Arzobispo y a lo que se resistía Frollo, iba a desvanecerse en su propia sala.

—Si estás tan seguro de que es inocente... es porque debéis saber el nombre del culpable — empezó suavemente.

El Arzobispo rehuyó un desafío tan directo, sintiendo que Frollo, que su hermano debía ser el acusador y el acusado, pasara lo que pasase. Pero el Rey se había obstinado en poner fin a todo aquello y gritó:

—¿Quién es? ¡Hablad!

La orden del Rey era demasiado imperiosa. El Arzobispo irguió su

bondadosa cabeza y notó que Frollo seguía mirándole.

Y no pudo seguir.

—¡Majestad...!

—¿A quién estás protegiendo vosotros?—se airó el monarca.

—Yo no puedo decir nada más, Majestad.

La decisión del prelado era irrevocable. Giró sobre su asiento y se encaró con su Justicia Mayor, habiendo perdido ya los estribos.

—¡Ah! ¿Es un asunto personal entre vosotros? ¿Quién es?

El Justicia Mayor pareció titubear.

—¿Es el jorobado?

—No—casi gritó Frollo.

—¿Entonces quién es?

El silencio fué casi tangible en la pausa que Luis XI dejó entre pregunta y pregunta.

Frollo, con una nube roja entre sus ojos y lo que tenía delante, vaciló perceptiblemente sobre sus pies y se apoyó en un mueble cercano. Su carácter se debilitó de la misma forma que el hierro se dobla bajo los golpes del martillo del herrero. Tarde o temprano, ya que la partida estaba perdida, el Rey descifraría el arcano. No era hombre que olvidara fácilmente y lo más probable era que su hermano pagara con él su pecado. Y antes de que pudiera percatarse de lo que decía y de la fuerza, superior a él mismo, que le obligaba a hablar, preguntó el Rey:

—¿Quién es el asesino?

La fuerza se apoderó de él y le domó:

—Yo soy.

Y no había en él remordimiento, sino rabia de haber sido tan débil y de haber cedido. Inmediatamente se vanaglorió, viendo la sorpresa de su señor:

—Yo lo hice y lo volvería a hacer otra vez.

—No lo comprendo — gimió el Rey.

—Está locamente enamorado de esa gitana...—aclaró el Arzobispo.

—¿Y por eso la condena a muerte?

—Porque ella no le corresponde.

El Rey recobró su sangre fría y sin referirse a nadie en particular, posiblemente a sí mismo, dijo:

—¿De modo que asesino?—voló hasta la puerta—. ¡Olivier, Olivier! Apoyado impacientemente en un

tapiz se hallaba Gringoire, que al estar frente al Rey hizo una reverencia. Su cara resultó conocida al monarca, cuya memoria era prodigiosa.

—¿Quién eres tú?

—Maese Gringoire.

—¡Ah! ¡Eres el autor de esa proclama! Quiero hablarte.

Olivier llegó corriendo. En realidad la escena había sido muy rápida para que se presentase antes. El Rey le señaló a Frollo, mientras cogía del brazo a Gringoire:

—Detened a Frollo en seguida, ¡en seguida!—arrastró al poeta con él—. Vamos, vamos.

La tragedia, sin embargo, todavía no se había consumado.

CAPITULO IX

LA PREGUNTA DEL CAMPANERO

La iglesia de Nuestra Señora se destacaba al final de la plaza como una mole majestuosa y segura detrás de la muralla que la veneración de los hombres había levantado. El resto de su ámbito desaparecía en la oscuridad y sus torres se confundían con el tenebroso cielo, sin estrellas ni luna, de la noche.

La plaza, que moría al pie de las gradas, solitaria y tétrica, parecía enorme en su soledad y espantable en su silencio. Las ventanas de las casas y las puertas estaban cerradas herméticamente y sus moradores se entregaban al sueño o a la espera de que el pavoroso silencio fuera rasgado por el grito que los acontecimientos del día hacían esperar.

Únicamente los reverberos, clavados en las paredes de trecho en trecho, crepitaban. Lo demás sólo era tinieblas, ominosidad y misterio.

Una cabeza salió cautamente y el cuerpo de un hombre maltrecho y andrajoso dobló la esquina de una de las calles que afluyen a ella. Las cabezas y los cuerpos se multiplicaron y una cohorte fantástica y espantable de mendigos convergió en

el centro constituyendo una única corriente humana.

Al frente de ella iban Clopin, la reina y el verdugo.

Iban todos armados con los instrumentos más heterogéneos, pero en sus rostros lívidos, ajados y barbudos, se leía una decisión unánime: la de rescatar a Esmeralda del temido poder de los nobles y hacer valer el derecho de asilo que deseaban derrocar.

El ejército de la Corte de los Milagros se paró al levantar su rey un brazo. Luego, escoltado por cinco hombres, heroica figura que simbolizaba el valor y la amistad, se dirigió hacia la escalinata, empuñando su arcabuz.

Y los seis hombres se agruparon ante las grandiosas puertas de la catedral. El resto vigilaba sus movimientos, preparados a entrar en acción.

El Campanero estaba alerta. Al distinguir a los mendigos y al despegarse de ellos Clopin y sus hombres de confianza, se inclinó sobre el abismo y los observó agarrándose a una gárgola, una especie de quimérico grifo, y se mantuvo a la expectativa, esforzando a su muer-

to sentido del oído para percibir el murmullo de la gente y adivinar sus intenciones.

Clopin lanzó la boca del arcabuz contra la puerta. El golpe resonó en el interior, pero nadie respondió. Volvió a golpear y retrocedió.

—Yo, Clopin, rey de los mendigos, te conjuro, Arzobispo de París a que nos entregues a esa chica gitana.

En la sencilla mente del jorobado se presentó el presentimiento de cuál era el fin de aquellos hombres. Saltó a otra gárgola y los estudió; tornó a repetir el salto y después, miró a las campanas, golpeándose las manos impaciente, excitado, sin saber qué decidir.

La voz de Clopin resonó de nuevo en el silencio de la noche:

—La salvaremos porque sabemos que la quieren ahorcar.

Tampoco tuvo esta vez contestación y el irónico silencio le exasperó. La culata del arcabuz chocó contra la madera.

—¡Abrid la puerta! Si no abres, Arzobispo de París, la derribaremos.

Había llegado el momento de pasar a las obras. Entregó el arcabuz a sus hombres, que procedieron a cargarlo, y él se cruzó de brazos desafiando a todos los poderes. Un murmullo de disgusto brotó de la multitud alejada de ellos.

Cuando el arcabuz apuntaba a la cerradura de la puerta del templo, una larga fila de hombres surgió en silencio de uno de sus lados y se colocó ante la puerta con los brazos inermes y esperó. Clopin inte-

rrogó al hombre vestido de blanco, un panadero, que los mandaba:

—¿Qué significa esto? ¿Quiénes sois?

—Comerciantes — dijo secamente.

—¿Comerciantes?

El comentario del rey de los mendigos y el desprecio que entrañaba la pregunta no les hizo vacilar.

—Ciudadanos de París, que han leído la proclama de Gringoire y han venido a defender a Nuestra Señora.

La alegría cruzó el pecho de Clopin. Ahora estaba seguro de que tenía a sus espaldas a todo el pueblo, y le apretó un brazo. El panadero agregó:

—Nadie puede anular el derecho de asilo.

—¿Ni siquiera los nobles?

—Ni siquiera los nobles.

—¡No te creo! ¡Al ataque!

Sonó el disparo del arcabuz, mientras los ciudadanos se alejaban. El ejército de mendigos progresó hacia la catedral con evidente cautela. No les convenía el ardor de su rey de que la empresa no lindara el peligroso terreno de lo prohibido, de lo sacrilego. Temían, asimismo, que de un momento a otro desembocaran en la plaza las tropas reales y los aniquilaran.

Desde el gran ventanal de la torre, el Campanero adivinó el rumbo que tomaban los acontecimientos por la nubecilla de humo que brotó del cañón del arma de fuego, por el avance de los mendigos y por los cuerpos inmóviles de los ciudada-

nos, cuyo número crecía por segundos.

Se pasó la mano por la frente sin lograr concentrar sus pensamientos. Querían arrebatárle a Esmeralda, la hermosa gitana que no había tenido pavor de su fealdad, que le trataba como a un hermano y a la que, de un modo vago, sabía que amaba. Se aprestó a rechazar a los osados y recorrió la amplia azotea sobre la que se abría el ventanal de la torre.

Aquella parte de la catedral estaba en obras y cogió una viga, que había sido transportada por la mañana con grandes trabajos por cinco hombres, y con sus enormes brazos la levantó como si fuera una pluma e introdujo uno de sus extremos en un hueco de la barandilla hasta que se balanceó sobre el abismo. Tornó a mirar a los asaltantes y comprendió que aun tenía tiempo para tranquilizar a Esmeralda, indudablemente despertada por la detonación, los golpes y los gritos.

Pasó por la portezuela, la última, que se abría al caos de vigas y sostenes que sostenían las campanas y corrió al rincón en donde había preparado una yacija para la gitana.

Esta estaba semincorporada en el lecho, completamente vestida, y con una enorme expresión de alarma. El Campanero se arrodilló junto a ella y se atrevió a cogerle una mano.

—La gente viene para ahorcarte... pero yo los echaré de aquí. Si te quedas aquí no te pasará nada. ¿sa-

bes? Nadie puede entrar aquí. Yo no les dejaré.

Esmeralda le miraba con los ojos desorbitados y la muerte en el corazón. El jorobado se alejó de ella y se dispuso a regresar al gran ventanal. Pero antes cogió una cuerda y tiró de ella. En lo alto sonó una campana.

—Si tienes miedo, tira de esta cuerda. Yo puedo oír a las campanas.

Los súbditos de Clopin se mostraban demasiado reacios a atacar para su gusto. El Campanero entendió por sus gesticulaciones el motivo de su ira y sacó un poco más la gigantesca viga.

La reina consiguió arrastrar hasta su consorte a una docena de mendigos, mientras los demás vacilaban sobre el partido a adoptar. Su gusto hubiera sido echar a correr. Pero las palabras de su jefe sonaban como latigazos de desprecio:

—¿Qué pasa? ¿Sois todos cobardes? No podéis dejar que ahorquen a una muchacha inocente. Éa una de nosotros. Vamos, luchad.

Por fin, Clopin consiguió su objeto. Primero lentamente, luego con movimiento acelerado, los mendigos se precipitaron hacia él, aullando y blandiendo sus extrañas armas. Aquel fué el momento escogido por el Campanero. Sus pies se clavaron en el suelo y arqueó su deforme espalda, empujando con el pecho a la viga.

El árbol escuadrado revoloteó en el vacío, como un ingrátido papel, y se estrelló contra los primeros

auxiliares de Clopin, matando a unos, hiriendo a otros, mientras que el rey de los mendigos escapaba de la muerte gracias a un milagro. Los gritos de dolor se escaparon de las bocas de los desgraciados, precipitando la fuga de sus colegas.

—¿Es que os asustáis de un trozo de leña? ¡Vamos, mendigos, luchad! ¡Luchad! Vamos, no os escurráis como ratas asustadas. ¿A qué tenéis miedo? Arriba no hay dominio ninguno... el que está es el Campanero. Debemos darle las gracias por habernos regalado este magnífico ariete.

Con soberbio desdén de la vida fué el primero en inclinarse sobre la viga. Los ciudadanos, animados por su ejemplo, acudieron en su auxilio y levantaron del suelo el madero. Los mendigos recobraron su valor y una horda de ellos se precipitó en dirección de su jefe, arrebatándole el ariete.

La puerta de Nuestra Señora no resistiría mucho espacio al fuerte impulso de decenas de brazos. El edificio retemblaba hasta sus cimientos y los goznes comenzaban a saltar. Los monjes apilaban detrás de ella todos los objetos pesados que hallaban a mano, los cuales, sin embargo, vacilaban. La irrupción de los mendigos era inminente.

Pero el Campanero trabajaba como un loco. Colocó innumerables trozos de granito desbastado en los huecos de la balaustrada, esperando el segundo oportuno. Reparó, a continuación, en una colosal caldera en donde burbujeaba el plomo necesario para dar solidez a las re-

paraciones. Echó leña y cuantos pedazos de madera tuvo a su alcance sobre las ascuas y removió el metal con una barra de hierro. Y el plomo empezó a licuarse.

—Vamos, mendigos, vamos.—aullaba Clopin.

Fueron las últimas palabras que pronunció durante el ataque. El Campanero, con un ojo en la caldera y otro en los asaltantes, supo que el éxito se decantaba en favor de los últimos. Y, una tras otra, empujó las piedras sobre ellos.

Los pedazos de piedra silbaron y abrieron grandes huecos en la masa de los mendigos. Uno de ellos hirió en la espalda a Clopin y lo aplastó contra el suelo.

—No he tenido suerte...—murmuró antes de desmayarse.

Pero si la había tenido en parte, puesto que sus súbditos con rabiosa osadía continuaban atacando las puertas de la catedral. Otros escalaban los andamios y preparaban las escaleras de mano, dejadas allí por los albañiles, con las que treparían hasta el amplio ventanal.

El Campanero arrojó su último bloque y voló hacia las escaleras. Sus puños machacaron la cabeza del primer mendigo, que cayó sobre los que esperaban su turno, y después rechazó los frágiles arzones. Gritos de rabia brotaron de todos los pechos y volvieron a la carga. Desesperado, el jorobado decantó con todas sus fuerzas la caldera del plomo hirviendo y las gárgolas y los canalones vomitaron sobre la muchedumbre la más horrible lluvia que jamás había surgido de ellos.

En un minuto, el suelo quedó cubierto de cuerpos que se retorcián, de hombres que agonizaban, mientras que los supervivientes contemplaban desde el otro extremo de la plaza la destructora obra del Campanero. Y, por si fuera poco el desastre, se oyeron los cascos de los caballos de los guardias del Rey y, a continuación, las afiladas espadas se cebaron en ellos, destrozándolos sin que pudieran defenderse.

El Campanero se rió con sinistras carcajadas de demente. ¡Había salvado a Esmeralda! Bailoteó sobre la barandilla y abrazó a las gárgolas.

Una campana vibró. ¡La gitana corría peligro!

Con un rugido abrió la puerta del campanario. Estaba desierto. Velozmente giró su cabeza en dirección de la escalerilla de caracol y sorprendió el borde de un vestido y un negro zapato. Se precipitó en pos de ambos, pero al llegar al final, en donde moría la escalera de caracol, también estaba solo.

Empezó a trepar por la escalera de mano que guiaba a la cumbre del campanario, pero la escalera fué rechazada y sólo mediante una hábil contorsión, se salvó de la muerte. Agarró la cuerda de la campana y a pulso llegó al borde de la abertura y, de nuevo, un negro zapato le pisó los dedos. A pesar del dolor, pudo sujetarse con una mano, hizo una contracción y puso los pies en terreno firme.

—¡No había nadie!

Agachado como un felino que olfatea a su presa, con infinita cautela, moviendo los ojos en todas direcciones, para subsanar la desventaja que suponía su sordera, dió la vuelta a una pilastra.

Siniestro, amenazador, el conde Frollo, Justicia Mayor del Rey, enarbolaba un puñal que alzó contra la espalda de su antiguo protegido.

Este fué más rápido que él. Le retorció la muñeca con la facilidad de una caña, hasta que, aullando de dolor, el criminal abrió la mano y el arma rebotó en el suelo. El jorobado lo inmovilizó y, asiéndole por la cintura y por los hombros, lo levantó sobre su cabeza, como a un muñeco, y lo disparó desde la altísima torre de la catedral.

Un alarido espantoso fué la única señal de que Frollo se había reunido con los cuerpos que su pasión y su injusticia habían sembrado en la plaza.

Delante de la catedral, los soldados formaban una tremenda barrera, que dominaba a la muchedumbre exultante. Los monjes, los monaguillos, cantaban himnos de gloria

y de acción de gracias... Por doquier reinaba la alegría.

Salió de Nuestra Señora el Arzobispo y, con él, Gringoire. Este último se subió en la balaustrada y, con indicios de gozar de un indecible placer, gritó al pueblo:

—¡Parisiños! ¡Parisiños! ¡Es libre! ¡Hemos vencido! El Rey la ha perdonado.

Los vítores y los aplausos, tanto de la muchedumbre como de los soldados, y también de los nobles, arrepentidos del error que habían cometido, estallaron interminables al oír la nueva del poeta. Cuando la excitación popular amainó, el Arzobispo tomó a su vez la palabra:

—Y ahora, marchaos en paz. Esmeralda ha sido perdonada y todos los de su raza pueden vivir libremente en cualquier lugar de Francia.

Era mucho más de lo que habían supuesto. Los nobles podían considerarse derrotados para siempre. Se repitieron las demostraciones de alborozo y Gringoire se unió a ellas con todo el ímpetu de su juventud y de su corazón agradecido. Un tirón en la manga de su jubón le hizo saltar de la balaustrada.

Era la reina de los mendigos con los ojos llenos de lágrimas. Algo terrible debía estar ocurriendo, puesto que su voz tenía un temblor de desesperación al suplicarle:

—¡Gringoire!

Sin cambiar una palabra, surcaron la muchedumbre y llegaron a un rincón de la plaza. Estaba en él

exánime, con la palidez mortal invadiendo sus ojos, el que había sido rey de la Corte de los Milagros, el valeroso y leal Clopin. El poeta se dejó caer de rodillas, exhalando un gemido:

—¡Clopin! ¿Por qué no esperaste? Ya te dije que podía salvarla sin que tuvieses que usar la fuerza.

Clopin sacudió débilmente la cabeza e hizo un esfuerzo para sonreír:

—¡Ciel que eso no era más que un sueño de poeta.

Esmeralda encontró al Arzobispo esperándola al pie de la escalera de la torre. Se arrodilló ante él, sabiendo cuánto le había costado aquella victoria, y las nobles facciones del prelado se encendieron en una sonrisa al darle la bendición. La gitana le besó la mano y el sacerdote protestó:

—No me des las gracias. Fué el Campanero el que te salvó de la horca... Y Gringoire... han sido sus proclamas las que han conseguido tu libertad.

La tristeza de Gringoire desapareció al estar frente a Esmeralda. Pronunciando sus nombres, los jóvenes se abrazaron, bajo la paternal mirada del prelado.

Y mientras la multitud abría camino y los felicitaba, y los jóvenes marchaban hacia la dicha y el amor, y el coro de la catedral entonaba un hermoso "Aleluya", la escena tenía un observador. Estaba tan alto, muy cerca del cielo, que

ESMERALDA. LA ZINGARA

se confundía con la gárgola a la que se abrazaba con lágrimas en los ojos.

Poco a poco Gringoire y Esmeralda se alejaron sin volver la cabeza, entregados a su amor, y el

contenido sollero del Campanero estalló en una pregunta, dirigida al pétreo monstruo que rodeaba su brazo:

—¿Por qué no soy yo también de piedra como tú?

FIN

EDICIONES BISTAGNE

publica siempre
las mejores novelas
cinematográficas

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - Barcelona

NUEVA COLECCION DE GRAN EXITO:

PELICULA GRAFICA

TITULOS PUBLICADOS

1. **EL SIGNO DEL ZORRO**, por Tyrone Power.
2. **EL LIBRO DE LA SELVA**, por Sabú.
3. **¡QUE VERDE ERA MI VALLE!** por Walter Pidgeon.
4. **EL HIJO DE MONTECRISTO**, por Louis Hayward, Joan Bennett y George Sanders.
5. **EL CAPITAN CAUTELA**, por Víctor Mature, Bruce Cabbott y Leo Carrillo.
6. **ESTUDIANTES EN OXFORD**, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
7. **CUMBRES BORRASCOSAS**, por Lawrence Olivier, Merle Oberon y David Niven.
8. **LA JUNGLA EN ARMAS**, por Gary Cooper y David Niven.
9. **EL LADRON DE BAGDAD**, por Sabú.
10. **MARINOS A LA FUERZA**, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
11. **ESMERALDA, LA ZINGARA**, por Charles Laughton y Maureen O'Hara.
12. **TARZAN Y LA DIOSA**, por Herman Brix.
13. **LA QUIMERA DEL ORO**, por Charlot.

¡Inmejorable presentación!

¡¡Numerosas fotografías!!

PRECIO:

1. Pta.



F. B.